EL REPARTO DE SIVA
Siva, que manda al (hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos y hace que sople el (viento,
sentado en el umbral de (un claro día,
ha de ello mucho tiem- (po,
repartió su porción a (cada uno.

Crítica para los Niños

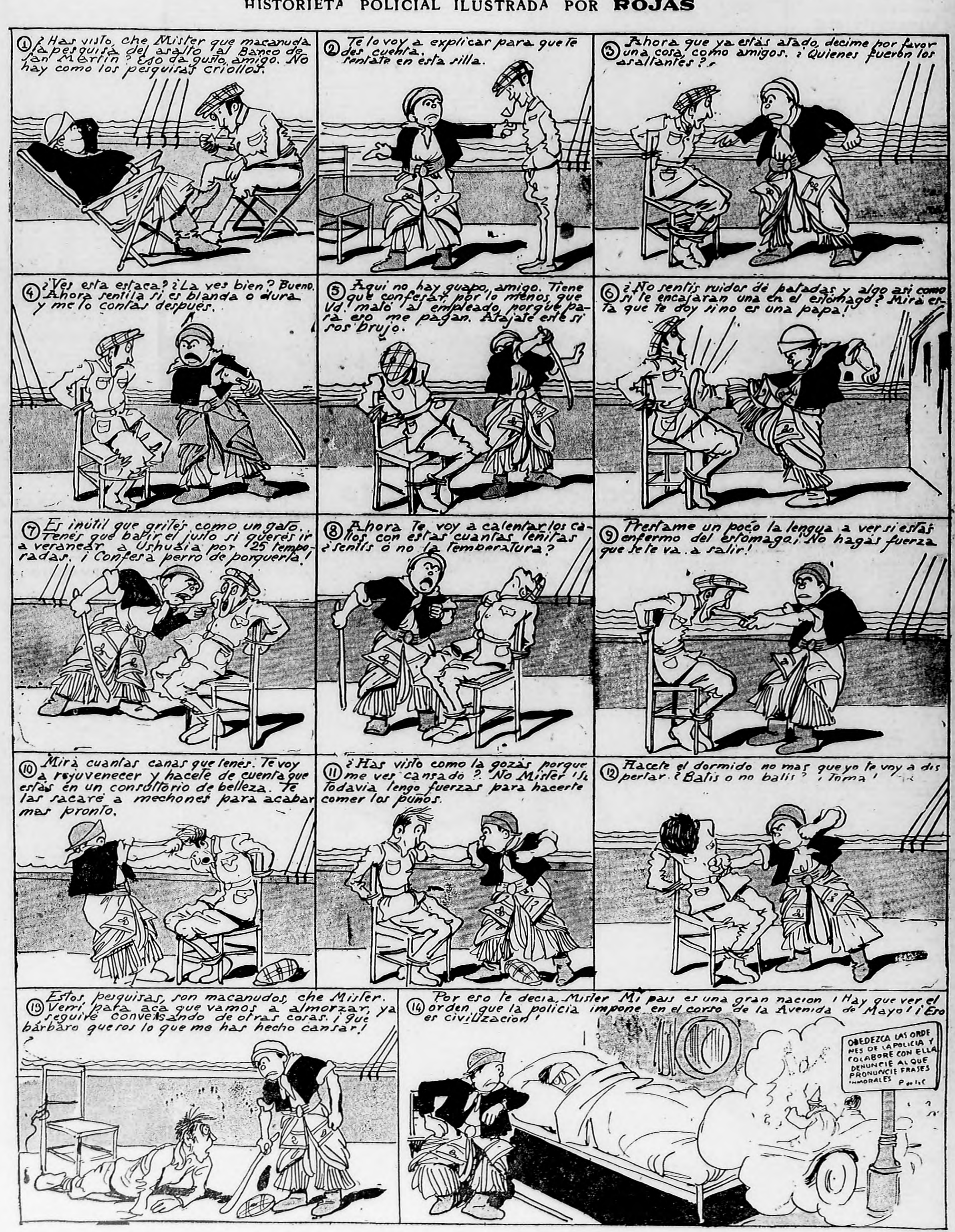
Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que en el (gudde se reclina,
al pobre pordiosero.
Hízolo todo Siva, el que (protege,
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello, (al buey forraje,
y a ti, mi niño, por co- (jín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR **ROJAS**



Cuentos para niños, escritos por ellos mismos

ESTA SEMANA RESULTARON PREMIADAS LAS SIGUIENTES DESCRIPCIONES:

LUIS FANETTI — 13 años
LUIS RODRIGUEZ — 13 años
OFELIA CARRASCA — 14 años
ORESTES IRIANNI — 11 años

MATRIMONIO FELIZ

(PREMIADO)

El sol se aleja.

La laboriosa jornada pesquera, ha llegado a su fin, después de un día de mucho trabajo.

La fiel y sincera esposa del noble pescador, recibe a su marido en la costa, y contenta con volver a verlo sano y salvo, lo abraza cariñosamente, emprendiendo ambos el camino de regreso a su feliz hogar, donde les espera la humilde y apetitosa cena.

La esposa del pescador desecha las angustiosas ideas que la atormentaron durante el día, pensando en si acaeciera una tormenta tempestuosa, que arrastrase mar afuera la pequeña embarcación de los pescadores; ideas mortificantes en el buen corazón de una fiel mujer que ama verdaderamente a su marido.

Una parte del producto de la pesca, la lleva él en un cajón, encima del hombro, producto que servirá de comida por algunos días.

A lo lejos se divisa el majestuoso faro y la inmensidad del mar y más acá, al farero, que despide cariñosamente al matrimonio, ese anciano fiel y valeroso que guía la buena ruta de todo buque que pasa.

Luis Fanetti
13 años

FELIZ ENCUENTRO

(PREMIADO)

La mañana envuelta por la brisas primaverales parece acompañar a estos dos seres que después de largos años volvieron a encontrarse.

Allá en medio de apacibles maizales movidos al compás del aire embalsamado por los jazmines, claveles y rosas silvestres, él cuenta a su ser amado su vida en el extranjero, una vida llena de dificultades y peligros.

El radiante día da bienvenida a estos seres. El molino ajeno muévese a todo esto por el chocar de las olas.

Ya no temen, ya ella vió realizado su sueño, ya volvieron a encontrarse para unir sus almas en un beso y en un abrazo...

Orestes H. Irianni.
11 años.

UNA SORPRESA PARA LAS LAUCHITAS

Potó y Lauchita son los ratones más callejeros que hay en tres leguas a la redonda, tanto, que el otro día, no pudiendo resistir mamá Laucha, les dijo toda enojada: ¿ por qué no vais a jugar al jardín?

Pero a Potó más que jugar, le gusta corretear por los alrededores de la casa y propuso a su hermanita dar una vuelta. ¿Y si se enoja mamá? — preguntó Lauchita.

—Le diremos que hemos ido a ver a nuestra primita Mica, respondió Potó, quien cuenta entre sus defectos el de ser un poco embustero.

—¿Y por qué no hemos de ir a casa de Mica? — le dijo Lauchita. ¡Hace ya tiempo que no la veo!

—Ya que tanto empeño tienes, iremos, accedió Potó.

Y se pusieron en marcha, encontrando a Mica en el fondo del jardín.

—¿A qué estás jugando Mica? — le preguntaron los dos hermanos después de haberla saludado en la forma ratonil que consiste en frotarse mutuamente los pelos del bigote.

—Al rango, contestó Mica. Es un juego muy divertido.

Y así es, efectivamente, sobre todo cuando hace frío, pues resulta uno de los medios más a propósito para entrar en reacción. Primero hizo Mica de burrito ;después Lauchita y por último Potó; pero, como éste se valía de trampas para hacer caer a las jugadoras, éstas protestaron y propusieron buscar otro juego.

Pero Potó había descubierto una cosa grande, ovalada, que estaba oculta entre la yerba y les dijo: vamos a saltar sobre esto. Así no protestarán. Aceptado, contestaron Mica y Lauchita.

—Yo saltaré primero, dijo Potó, porque fuí quien lo descubrió. Y dió un salto tan grande, que pasó por arriba y casi llegó a la luna. Pero no hacía falta tanto y el ratoncillo perdió el equilibrio al caer, lastimándose una pierna.

—¡Ay, ay! — gritaba. En mala hora se me ocurrió ponerme a jugar al rango. Si se presenta ahora un gato, no podré correr y me atrapará en un abrir y cerrar de ojos.

Pero Lauchita le hizo un poco de masaje y pronto se puso bien.

Cuando le tocó saltar a Lauchita se acordó de lo que le había ocurrido a Potó y tomó precauciones para no saltar demasiado alto.

Tomó carrera: pero el miedo que tenía, le hizo calcular mal la distancia, y al saltar ¡pa!, cayó encima de aquella cosa blanca y de forma ovalada. ¡Crash! ¡Rash!

¡Oh! ¡Ah!, gritó Lauchita. Creo que se me han roto los huesos ¿No han oído el ruido?

—¡Que van a ser huesos! — dijo Mica riendo. Es un huevo, y al caer le rompiste la cáscara.

—Buenos días; — dijo entonces una voz un poco ronca, mientras salía entre los pedazos de cáscara una especie de bola de color amarillo.

—¡Es un pato! — exclamó Lauchita levantándose tranquilo ya, por no haberse roto ningún hueso, como ella temía.

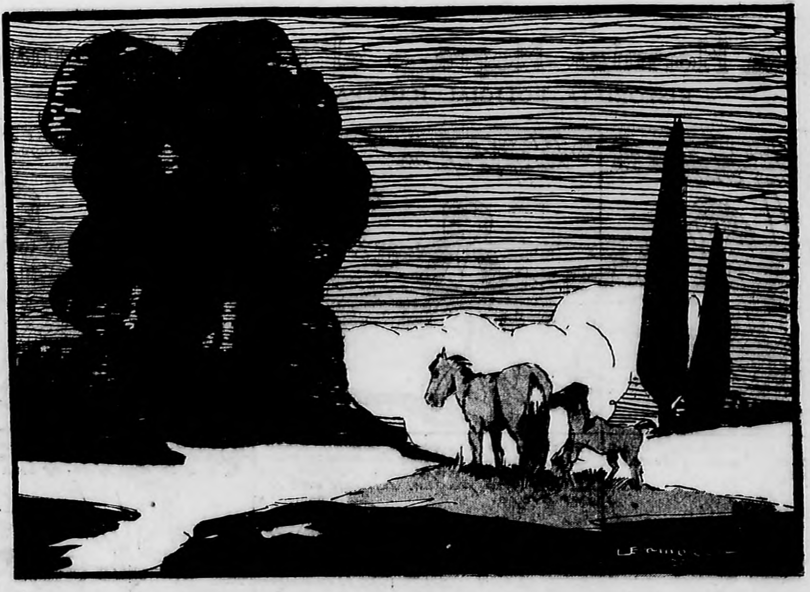
Los otros ratoncillos estaban tan aturdidos, que no atinaban a pronunciar palabra.

El patito aprovechó esta ocasión, les hizo una profunda reverencia y sin más se marchó con aire majestuoso en dirección al estanque, donde se arrojó, empezando a nadar como si toda su vida hubiera estado practicando los deportes acuáticos.

Los ratoncillos quedaron admirados al ver aquella destreza inaudita y Potó y Lauchita corrieron a contárselo a su mamá, la que les explicó cómo los patitos apenas salen del cascarón poseen ya el arte de mantenerse a flote en el agua.

Oscar E. Reyes.
13 años. Cap.

DESCRIPCION DE ESTA LAMINA



• Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto puedan sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos, dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

A los tábanos les disgusta el tabaco

ESTOS INSECTOS, DE LOS QUE SE CUENTAN 1400 ESPECIES REPARTIDAS SOBRE EL GLOBO, SON TERRIBLES ENEMIGOS DE LOS ANIMALES

¿Quién no se ha sentido picado alguna vez por un tábano? Estas moscas insoportables atacan al hombre y a los animales. Se las encuentra por todas partes, pero sobre todo en las selvas

Chrysops ciego

y alrededor de los pantanos, en los días cálidos o tormentosos. Los hay enormes que sobrepasan los 25 milímetros de largo, los hay también pequeños y son los más feroces.

Cuando en verano circuláis por una selva, sentís de pronto, una picadura sobre la mano: es una mosca grisácea, alargada, que acaba de posarse, sin ruido, muellemente... En un instante ha agujereado vuestra epidermis, para saciarse de sangre. Esta bestezuela es un haematopote, el más común de los tábanos. Se arroja sobre los bueyes, los caballos y la gente, durante toda la estación calurosa.

Cerca de los pantanos, los chrysops giran alrededor de vosotros, y saben aprovechar el instante en que os quedáis quietos para tratar de picaros, mientras que los verdaderos tábanos, mucho más gruesos, os siguen zumbando, posándose al azar sobre vuestras manos, vuestra cara o vuestra ropa, que tratan de horadar, para llegar hasta vuestra piel. No hablemos de los caballos y otras bestias que son ferozmente hostigadas por estos bebedores de sangre.

En algunos países, en el Brasil por ejemplo, grandes tábanos llamados "mutucas" tienen una utilidad indirecta. Allá, los pastos donde se crían las bestias lindan frecuentemente con grandes selvas. Cuando la hierba se vuelve rara o se seca en los prados, los bueyes, las vacas, etc., se dirigen hacia lo tupido de la selva, sobre todo en las regiones húmedas, donde existe un poco de verdor. Si nada las detuviera se perderían en la selva, pero ahí están los "mutucas". Esos terribles tábanos se arrojan sobre los animales, los atormentan, los pican y los enloquecen de tal modo, que éstos se apresuran a regresar al sitio de pastoreo donde los colonos pueden fácilmente vigilarlos.

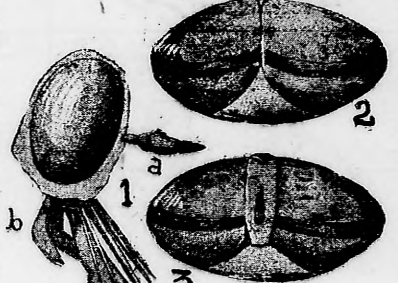


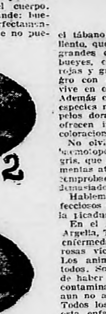
Tábano de los bueyes

No está demás saber de dónde vienen estas feroces bestezuelas, conocer el primer período de su existencia. ¿Dónde ponen? ¿Se pueden encontrar sus larvas?

Varios tábanos ponen en la tierra húmeda, en el agua otros, depositando a veces sus huevos, sobre las cañas o las piedras casi sumergidas. Después de la eclosión, las larvas se dejan caer en el elemento líquido donde se desarrollan. Otras viven en el barro, en los residuos vegetales. Más tarde se transforman en ninfas. Unos veinte días después, frecuentemente antes, el insecto perfecto sale de su envoltura y toma contacto con la vida aérea.

La cabeza de los tábanos es muy larga, casi enteramente ocupada por los ojos que son enormes. Mostramos en dos dibujos, la diferencia que existe entre los ojos de los machos y los de las hembras. En los primeros son contiguos, mientras en los segundos hay una especie de intercular bien marcado. Las antenas son pequeñas; el rostro, excesivamente robusto se compone de láminas córneas, aceradas, que pueden atravesar la epidermis más gruesa.





1. Cabeza de tábano vista de perfil, mostrando los órganos bucales. — 2. Cabeza de tábano macho: los ojs se tocan. — 3. Cabeza de tábano hembra: los ojos están muy separados. Estas dos cabezas están vistas de frente y las antenas suprimidas.

Se asombrarán Vds. cuando sepan que sólo las hembras de los tábanos tienen instintos sanguinarios. Son ellas las que atacan tan ferozmente a los hombres y a los animales. Los machos viven generalmente entre las flores, es fácil capturarlos en verano, sobre las umbelíferas que crecen en los estanques.

En las selvas, se los ve planear sobre senderos y los caminos, guardando durante varios momentos una completa inmovilidad, partiendo después en línea recta, con una rapidez vertiginosa, inmovilizándose de nuevo para luego volver a planear hasta su punto de partida.

Es necesario advertir que los tábanos en tren de picar a los animales están de tal manera absorbidos en su objeto, que es facilísimo cogerlos con la mano.

Una vez que se sienten asidos tratan de huir, pero no piensan en picar. Cuando el ganado regresa al establo, los tábanos lo abandonan y permanecen afuera. Los insectos van a posarse contra los muros, sobre las puertas, bajo los aleros, esperando pacientemente la salida de sus víctimas. Otros se mantienen a la vera de los bosques, en la entrada de los caminos, acechando el paso de los rebaños, o de los animales aislados. En las selvas húmedas, son más numerosos que en las partes secas, pero como se desplazan más fácilmente, acompañan a los animales en los campos de pastoreo, regresando con ellos hasta la puerta del establo.

Se evitan difícilmente las picaduras de estos desagradables dípteros. Basta quedarse un instante quieto al sol para atraerlos, verlos arrojarse por docenas, adherirse sobre las vestimentas, tratar de posarse sobre el rostro y las manos. Temen el olor del tabaco, no se aproximan nunca al rostro del fumador, que debe conservar una mano libre para defender las otras partes del cuerpo. Cuando toman un animal grande: bueyes, vacas, caballos, saben perfectamente encontrar los sitios en que no pueden ser molestados por los cabezazos del animal. Si penetran en una habitación se quedan completamente desorientados. En lugar de buscar la salida, van a estrellarse contra una ventana y marchan lentamente sobre los vidrios, donde se los captura fácilmente.

Los tábanos abundan sobre el globo. Existen cerca de 1400 especies. Trataremos de señalar las más comunes. Diremos de paso que la librea de estos insectos es muy severa. El negro, el gris, el marrón dominan con el blanco y el rojo. Entre los tábanos propiamente dichos, las alas son o claras o grises, raramente manchadas. Por el contrario, los ojos muestran espléndidos colores: unos son de un pardo rojizo-oscuro, los otros son glaucos, los hay verdosos y unicolores, pero los más curiosos son aquellos que tienen bandas transversales purpuradas, frecuentemente subrayadas de un filete esmeralda. Algunas especies tienen una sola banda en medio de los ojos, otras tienen dos o tres. Estos maravillosos colores no subsisten más que en los insectos frescos y desaparen poco después de la muerte del animal. Se puede, no obstante, avivarlos ligeramente pasándoles agua sobre los ojos apagados.

Citaremos, entre los más comunes:

Tábano de otoño

el tábano ardiente, de un gris amarillento, que se encuentra por doquier en grandes cantidades, el tábano de los bueyes, especie negruzca de manchas rojas y grises; el tábano de otoño, negro con manchas cenizas, cuya larva vive en el agua; el tábano negro, etc. Además en las montañas existen otras especies más raras, como el tábano de pelos dorados. Las regiones tropicales ofrecen insectos de gran tamaño, de coloraciones muy ricas y variadas.

No olvidemos el demasiado famoso haemotopoto fluvial, pequeño tábano gris, que a la aproximación de las tormentas ataca bestias y gentes. Habréis comprobado que desgraciadamente es demasiado común.

Hablemos ahora de los gérmenes infecciosos que pueden ser inoculados por la picadura de los tábanos.

En el Africa del Norte: Marruecos, Argelia, Tripolitania y Egipto existe una enfermedad "el debad" que hace numerosas víctimas entre los dromedarios. Los animales infectados perecen casi todos. Son los tábanos quienes después de haber picado los animales enfermos, contaminan, por sus picaduras, aquellos aun no alcanzados por la enfermedad. Todos los años, hacia el mes de junio esta enfermedad arrecia con violencia y causa serios perjuicios. Los raros sujetos curados parecen inmunizados por algún tiempo.

En el Sudán y en otras regiones próximas al Níger, los tábanos inoculan también gérmenes infecciosos, a los asnos y a los caballos, haciendo imposible la cría de animales en esta parte de Africa.

Haetoptio fluvial en tren di cipar. (Grandemente aumentado)

PESCA

Por primera vez se ha pescado un delfín albino en la bahía de Saint Andrews (Inglaterra).

EN TRIPOLI

En Trípoli de Siria (no el Trípoli que conquistaron los italianos), hay, como a una hora de la ciudad una mezquita junto a la cual se ve un estanque lleno de peces sagrados. Los árabes aseguran que las almas de los muslimes, que mueren en defensa de su fe, toman esta forma, y tienen en gran reverencia estos peces.

¡BUENOS PESCADORES!

(PREMIADO)

"Adiós linda pescadora, no me vaya a olvidar". Así comienzan unos preciosos versos dedicados a los pescadores unos versos que revelan con su armonía, la vida obscura y sencilla de esos hombres.

El y ella. Una pareja de novios buenos, de almas sencillas como sus lanchas, y ruda como las púas es lo que veo acá. Rubia, blanca, linda como una ilusión, se deja ella mecer por las tiernas palabras de él, que camina a su lado llevando en el hombro una lata ya lista y arreglada para la venta. Viste como los demás pescadores, tricota cerrada y gorra de ancha visera.

A lo lejos, entrando hondo en el mar el faro se alza despidiendo sus reflejos, que, cuales brazos salvadores, conducen los barcos y lanchas sin estrellarze contra los escollos.

Y por último un guardián o un pescador que inmóvil mira hacia la playa y ellos la dulce parejita de novios buenos, se aleja preocupándose únicamente de ellos.

Ofelia J. Carrasco.
14 años.

UN FELIZ REGRESO

(PREMIADO)

Al fin volvieron a unirse aquellos que un día se separaron para cumplir, él con su trabajo, el de farero, en el que debe prestar atención y estar alerta, lo que le inviste de gloria por que es igual a un angel de guardia que tiene que velar por la seguridad de muchas vidas.

El farero debe cuidar de que las lámparas alumbren siempre y los cristales estén limpios, porque al proyectar el foco de luz hacia la superficie del mar indica a los marinos la ruta que deben seguir y desviarlos del peligro. Figuráos que los cristales estuviesen sucios: no proyectaría su foco de luz y entonces un buque de pasajeros chocara con una de las tantas rocas que obstruyen el camino. Se hundiría lentamente produciendo una confusión horrible, gritos de auxilio, pedidos de socorro y muchas madres tal vez apretando a sus hijitos contra su pecho para no separarse de la horrible tragedia y poder llevarlos con ellas hasta el fondo del mar, donde dejarían de existir. Luego el mar abriría por última vez sus horribles fauces para tragarse para siempre a la desgraciada nave... Momentos después todo se transforma en silencio y en la superficie del mar no queda ningún rastro del infortunado buque.

Es por eso que las personas estiman y quieren a los fareros, por que se sacrifican por todo y en bien de los demás. Deben permanecer días y días solos en el silencio del faro en la pequeñita isla construída con rocas que resisten la furia del oleaje. Tres veces al mes un barquito le lleva provisiones para su alimentación. Al terminar la temporada regresan al lado de los suyos, donde olvidan las fatigas sufridas en el faro.

El farero pasa su vida en el faro muy solitaria.

Luis Rodríguez
13 años

ARMANDITO

Al abuelo de Armandito se le caía la éste; todas las tardes de sol, cuando terminaban el almuerzo, Armandito agarraba al viejo de la mano y le decía con terquedad amable, ¿Vamos abuelito?... Anda... ¿Quiéres que vayamos? Y aunque al pobre viejo le agradaba mucho una reposada digestión junto a la chimenea encendida no sabía contrariar caprichos del nieto, le amaba tanto como sus padres y le hubiera parecido un crimen causarle el más pequeño disgusto... ¡Hala... Hala...!

Como dos compañeros de colegio el anciano y el niño emprendieron una larga caminata a las afueras del pueblo. Brincando Armandito igual que un gozquecillo rebelde y encaramándose en los pelados árboles que se hallaban en el camino. El abuelo, arrastrando las piernas con embobados ojos seguía las travesuras del chiquillo que él no podía emular y solían llenarle de espanto. Porque, como travieso... vaya si lo era Armandito. Algunas cuestas las vajaba rodando con las piernas encogidas y la cabeza oculta entre los brazos materialmente hecho un ovillo. Y el viejo, sobresaltado al verle rodar como una pelota, aligeraba la valiente marcha para salvarle del peligro y llegaba jadeante, cuando ya el niño estaba de pie, sin más detrimento que algún insignificante rasguño y varios sietes en los calzones.

Entonces pretendía reñirle pero al verse ante los ojos tristes de Armandito, el viejo desarrugaba la cara y comía a besos al muchacho: mientras le decía balbuciente de emoción:

¿Te has hecho daño sol mío, hijo de mi alma. Si yo tengo la culpa por no heber ido más aprisa. Y apenas se reía Armandito con los sustos de su abuelo. La senda por donde iban ambos torcía de pronto en una altura coronada por extensas planicies.

Al llegar a la mitad de la pendiente, Armandito emprendió veloz carrera hasta ocultarse en el recodo a las miradas del abuelo.

No corras... Armandito... No corras... — le gritaba el viejo. — Ten cuidado que por ahí está el alberca. Y como no contestase apretó el paso sin dejar de gritar con voz ahogada: No corras Armandito, no corras.

Cuando llegó a lo alto el niño no estaba detrás del recodo. El depósito de agua estaba lleno hasta los bordes, y apareció como un monstruo devorador a los ojos aterrados del viejo. Miró por todas partes, gritó sollozando y se perdían sus lamentos en la explanada silenciosa envuelta en la luz ardiente del sol. Y mudo por el terror, anonadado, clavó sus ojos desmesuradamente abiertos: ojos de loco en la gorra azul de Armandito, que flotaba en la orilla.

—¡Orivenga!... ¡Orivenga!... — chilló en aquel momento a su espalda una vocecilla burlona.

El anciano pudo aventar la rigidez de sus músculos y volviéndose bruscamente vió la cabecita risueña de Armandito que muy contento con su broma repetía el inocente estribillo: ¡Orivenga!... ¡Orivenga!...

¿Ustedes creen que el abuelo cogió al chico por las piernas y lo tiró de cabeza al estanque? Pues nada de eso; le apretó contra su corazón, diciendo:

—Este demonio de Armandito tiene cada ocurrencia...

Gregorio Esteban González
(13 años)

Amiguitos de CRITICA vistos por Bravo

Cosas raras, curiosas, extravagantes

Una mandioca monstruo—

La mandioca, esa excelente euforbiácea, cuya raíz tuberosa sustituye tan bien a la papa en la alimentación popular del N. E. de la República y de gran parte del Brasil, se cultiva desde remotos tiempos en la provincia de Co-

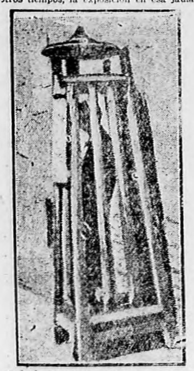


rrientes, como es sabido, alcanzando algunos ejemplares proporciones notables. Hasta ahora, sin embargo, no había podido conseguirse en arbustos que generalmente miden de 2 a 3 metros, un producto tan interesante como el cosechado por don Francisco Donamaría en el Ombucito, departamento de Paso de los Libres. Este verdadero gigante de la familia pesa la friolera de 30 kilogramos y tiene una altura de 1 metro 20 por 50 centímetros de circunferencia en su parte más gruesa. El monstruo ha excitado merecidamente la atención de todo el mundo en el paraje correntino, cuyos cultivadores aseguran no haber visto jamás tanta hermosura en los frutos de sus fértiles tierras.

Esta mandioca merecería que algunos de esos aficionados a estadísticas maravillosas, diese cifras sobre su poder alimenticio.

Castigo de un criminal en China—

Esta fotografía fué tomada en una calle de Cantón junto al Shamien o concesión europea. El delincuente expía su crimen expuesto en una jaula por 20 días. En otros tiempos, la exposición en esa jaula



producía la muerte, porque el preso era atado por su trenza a la parte superior y sólo se apoyaba en el piso con la punta de los piés: la consecuencia era que moría de cansancio. Hoy, como todo progresa, aun en China, ese condenado podía moverse, era llevado a la cárcel por la noche y estaba protegido, como se ve, por los rayos del sol.

Un púlpito al aire libre—

Hace poco se ha levantado en la iglesia de St. James, en Picadilly, un púlpito al aire libre, el segundo de su clase en Londres, que fué costeado por dos miembros de la iglesia y ocupado por el canónigo Mc. Cornick.



Como la iglesia está en un sitio por donde pasa mucha gente, es de creer que los sermones pronunciados en ese púlpito tengan asegurado un auditorio numeroso.

Analfabetos

Según las últimas estadísticas, no saben leer ni escribir en el ejército inglés el 1 por ciento de los soldados.

En Francia, el 3.5 por 100.
En Austria, el 22.
El 31 en Italia.
Y el 62 por 100 en Rusia.

Ultimamente estas cifras han sido alteradas, como consecuencia de la guerra.







Zulema María Bruno, de dos años, se llama esta amiguita de melenita crespa y rubia como un rayito de sol. Habla y ríe como un angelito, y para todos tiene una sonrisa y un cariñito pronto.

Mario Borila Vedoya, se llama este pibe, a cuyo lado la pelada de Alvear es de una frondosidad asiática. ¡Miren si no es como para comérselo a besucones y abrazos!

Alfredo Dono (H.) tiene una melenita, a cuyo lado la de la Arnaud, es apenas un nido de pájaros mal hecho. Vean sino nuestros lectores, si el pelito de Alfredo, no es capaz de hacer suicidar una piba.





Manolito Sánchez Sánchez, es este purrete, tan simpático a quien llaman cariñosamente "Pachito". Miren si con esa carita y esos ojitos grandes y dulces, no es un pibe de esos que mandan truco.

Este pebete es Juan Miguel R. Martínez, gran amigo de CRITICA y propagandista sincero e incansable. Ahora, está un poco serio, pero no hay que hacerle caso. Ya véremos cuando le toque la hora de jugar.

Juan Carlos Solana, es el nombre de este rubio lindo y picarón, con ojos de cielo y una boquita como clavel de puro roja. Es cariñoso y amable, hasta con los feos. Mayor mérito, no puede pedirse a un pibe.







"Cocó", llaman los de su casa, a este pebete cuyo nombre es Pedro N. I. Magariños, de dos años de edad. Gordito y lindo, es todo una promesa "donjuanesca". ¡Ay de las vecinitas!

Esta piba tan linda, es nada menos que Francisca Cordero, la "Pichuca", cuando tenía cuatro años de edad. Como ricotona y buenita, hay que dejarla. Es un verdadero encanto, como dice la mamá.

Victorio Crivelli, un morocho lindo y simpaticón como el solo, se llama este pibe, gran amiguito de CRITICA, que nos manda su retrato para constancia. ¡Tanto gusto, y gracias!

Las pompas de jabón electrizadas

Cualquier muchacho sabe la manera de sacar las pompas de jabón; pero lo que ignora es el modo de conservarlas.

Si la pompa de jabón se coloca sobre una franela no se rompe. En invierno, usando guantes de lana, puede jugarse arrojándolas al aire y recogiéndolas de nuevo sin que se revienten. Valiéndonos de esta propiedad de la lana, podemos realizar un juego tan sencillo como entretenido. Se hacen las pompas de jabón y se colocan sobre una mesa cubierta con un tapete de lana, lo que nos garantiza la duración de aquéllas.

Después se seca bien un trozo de papel fuerte, aproximándolo al fuego y se le electriza.

Para esto bastará frotarlo vigorosamente con un cepillo de cerda dura.

Acercado el papel, electrizado, según hemos dicho, a una de las pompas de jabón, se verá cómo se alarga hasta tomar la forma de un huevo, y la electrización va en aumento conforme se acerque más el papel, hasta que llegue un momento en que el frágil globo de agua jabonosa abandone la mesa y se eleve hasta la altura en que se halle



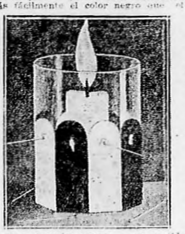
el papel, como un aeróstato.

Aproximando el papel electrizado las demás pompas de jabón que se hallen sobre la mesa, se pondrán todas en movimiento, como si se entregasen a una singular danza.

El calor y el poder absorbente de los cuerpos

En verano preferimos los trajes de color blanco, porque sabemos que son más frescos que los de color negro. Aceptado esto no nos explicaríamos que la Naturaleza hubiese "vestido" de blanco a los osos polares, a quienes les sobra el fresco, si no supiésemos que dicho color, el cual es atravesado difícilmente por el calor, impide que disminuya la temperatura del cuerpo del animal.

Para probar que el calor atraviesa más fácilmente el color negro que el



blanco, se toma un vaso en cuyo interior se pintan ocho bandas — cuatro blancas y cuatro negras — en sentido vertical. El primer tinte puede conseguirse con creta diluída en agua y el segundo con tinta china. La cabeza de un alfiler se calienta en la llama de una bujía, y hundiéndola en ésta después, se recubre de una capa de estearina, lo que permitirá pegar el alfiler al vaso en la forma que indica la ilustración que acompaña a estas líneas.

Se hace lo mismo con otros siete alfileres y todos quedan adheridos a las bandas blancas y negras. Se enciende un cabo de vela y se coloca en el interior del vaso, que cuando se calienta hace caer cuatro de los alfileres. Apagad entonces la llama y observaréis que los que se han despegado son los alfileres correspondientes a las bandas negras.

Como la bujía ha calentado por igual las blancas y las negras, queda demostrado que las últimas han sido atravesadas más rápidamente por el calor.

La policía de Praga

La policía de Praga ha adoptado la costumbre de dar sesiones públicas de cinematógrafo, y exhibe los retratos de los criminales en cuya captura está interesada: de esa manera el público puede dar noticias de ellos, si conoce a alguno de los retratados.

La catedral de Moscú

La catedral de Moscú, después de la de San Pedro en Roma, es la más costosa que existe. Solamente en la decoración exterior del edificio se gastaron como 900 libras oro. Sus puertas, la mayor de las cuales pesa 13 toneladas, costaron 620.000 pesos, y de sus trece campanas, la mayor conocida con el nombre de "Reina de las campanas", pesa 443.732 libras y tiene 19 pies 3 pulgadas de altura. El metal solamente vale 600.000 pesos. Fué fundida en el siglo XVI y se llamó "El Gigante", pesaba entonces 320.000 libras y se necesitaban 24 hombres para sonarla. En 1732 se cayó y entonces se fundieron nuevamente sus fragmentos con metal adicional, formándose así la que actualmente existe.

Indemnización

Hace varios años fué demandado ante los tribunales de París un cirujano, el cual se quedó aterrorizado ante la querella presentada contra él.

El doctor tenía a su cargo una sala de certo hospital donde ingresó un mozo de tren con una afección en el brazo derecho que requería una operación, y el médico le operó perfectamente, excepción hecha de un pequeño detalle, porque cuando el infortunado recobró el conocimiento notó, tan sorprendido como horrorizado, que le había operado el brazo izquierdo que estaba sano. El error no podía subsanarse más que operando el brazo que verdaderamente lo necesitaba, pero el enfermo demandó al cirujano. Este fué condenado a pagar una fuerte indemnización.

Carne de camello

En París se vende bastante carne de camello. Estos animales proceden de Argelia, y suelen ser ejemplares que por su mala índole no pueden prestar servicio. También ha empezado a venderse carne de oso.

¡ECONOMIA!



—¡Vamos, Juan! ¡Si no es más que un metro de piel lo que necesito!

Acertijos geroglíficos, problemas y ...

Pavimento de cuero

En Birmingham está dando muy buen resultado un pavimento de cuero que se colocó hace un año. El material lo constituyen recortes y desperdicios de cuero reducidos a pulpa y amasados con alquitrán y asfalto. Este pavimento resiste muy bien la presión, no produce polvo y no le perjudican los agentes atmosféricos. Además es silencioso y muy cómodo para la marcha de las caballerías.

INTERPRETATIVA



La presa más grande de Alemania—

En Maner, lugar próximo a Hirschberg, en Silesia (Alemania), se ha construído una gran presa para cerrar un valle cuyas aguas ocasionaban grandes pérdidas y ofrecían serio peligro en tiempo de inundaciones.

Además de este servicio la presa proporciona fuerza hidro-eléctrica a gran parte de Silesia. Las obras de este pantano se comenzaron hace más de veinte años.

La presa es la más grande de Alemania. Mide doscientos ochenta y dos metros de largo, por 60 de alto y tiene 50 metros de ancho en la base y 7 en lo alto. El valle, cerrado por este enorme muro, forma un depósito de 1.800 millones de pies cúbicos de agua procedente del río Bober.

JEROGLIFICO CANTABLE



Longevidad de los animales

Mucho se habla y muy sin fundamento de la longevidad de los animales; el doctor Mitchell ha comunicado a la Sociedad Zoológica de Londres la duración máxima de la vida de un gran número de mamíferos y de pájaros que han vivido en los parques zoológicos.

En resumen se puede afirmar que, después de la ballena, el hombre es el mamífero mejor constituído, y aquel cuya existencia dura más largo tiempo.

La longevidad de los pájaros es igual, cuando no superior, a lo de los mamíferos, y de éstos, los animales carniceros son los que más viven: un cuervo vivió setenta años, un águila setenta y ocho y un loro más de un siglo. El avestruz no pasa de treinta y cinco años, y el murciélago de once meses.

Un león suele vivir de treinta a cuarenta años; un oso polar vivió treinta y tres; algunos ejemplares han vivido cincuenta.

Un empresario

El empresario de cierto teatro de Temesvar (Hungría), cobra las entradas según la estatura de los espectadores, obligándoles a ponerse más o menos atrás según su talla. Los más bajos ocupan asientos más próximos al escenario.

FRASE HECHA



En Chicago

En el Mac Wicker's Theatre, de Chicago uno de los teatros más reputados de dicha ciudad, se produjo hace tiempo un incidente sumamente curioso. En la obra "The Round Up", drama de la vida de cowboys, se asistía a la ejecución de dos indios, y una noche, por una fatalidad inexplicable, estaba cargado uno de los fusiles. A la voz de fuego, los cómicos encargados del papel de soldados, dispararon las armas, y la bala, atravesando la sala, llegó al pasillo de la segunda galería y rompió una botella de gaseosa que tenía en la mano la encargada del ambigú.

LAS ALAS

Idustraciones de Morey

I.

Era una carta de mi hermano Luis, médico en Nautilia:

"Querido Ernesto: Te presento a Víctor Bruzón, un barítono de primer orden, que va a Madrid a triunfar. Ayúdale. Tengo verdadero interés por Bruzón, que es un buen amigo. Te abraza tu hermano, Luis."

El señor Bruzón sonreía. Era un hombre inmenso, alto, ventrudo. Tenía, sin embargo, algunas cosas pequeñas: la cabeza, la nariz, los ojos, el bigote. Los ojos eran negros y de vivacidad extraordinaria. El bigote, escaso, se desmayaba como el de un chino. En realidad, el señor Bruzón hacía pensar en un mandarín sin trenza y vestido a la europea. En un mandarín precisamente, porque el señor Bruzón tenía no sé qué prestancia, no sé qué aire majestuoso y grotesco a la vez. Yo hacía estas observaciones mientras el señor Bruzón, satisfecho de mi acogida, estiraba los pies — que eran unos pies de gigante, calzados con unas botas de charol deslucidas y resquebrajadas — sobre la alfombra de mi despacho y accionaba con unas manos, también de gigante, para aumentar la elocuencia de sus palabras. El señor Bruzón era elocuente o mejor dicho, locuaz. Su voz era limpia y se dilataba con cierta dulzura al pronunciar las vocales. Bruzón esmaltaba sus períodos con graciosos diminutivos, que contrastaban con su figura de cíclope. No se podía menos de sonreír al escuchar, de un hombre tan grande, unas palabritas tan suaves y melosas.

—Mire usted — me decía — no se figure que pretendo ganar montones de oro. No, señor, con unos duritos me basta. Que pueda yo llevar siempre un trajecito limpio, tener una alcoba decentita en una casa de huéspedes tranquila y que no me falte para alquilar un pianito de tres duros. Lejos de mí las vanidades, las ambiciones desmesuradas, locas... Una vida de artista estudioso, una vida apañadita ¿sabe?

Sospeché que no sólo la cabeza, los ojitos y el bigote eran pequeños en Bruzón. Parecía también serlo el ideal. Esto me tranquilizó. Sí, como mi hermano Luis afirmaba, Bruzón era un buen barítono, no me sería difícil encontrarle pronto un teatro donde pudiera ganar aquellos duritos que necesitaba.

—¿Usted ha cantado ya en Madrid?

—Sí, señor; es decir, no señor.... porque no puede decirse que aquello fué cantar... Estuve en la Zarzuela en tiempos de don Julián Romea..., de corista. Don Julián Romea me distinguía mucho. ¿Conoce usted "El señor Joaquín"?

—Creo que sí...

—Pues yo creé un papelito en esta zarzuela de don Julián. Yo hacía un vendedor de caramelos, un italiano que lanzaba su pregón... ¡pirulí... pirulí.. pirulííí! Un papelito insignificante... nada:.. pero don Julián me felicitó y me dijo: "Amigo Bruzón, le ha dado usted un gran relieve al tío de los caramelos".

Y Bruzón cerró un instante sus ojos diminutos, con nostalgia.

—¿Y qué otros papeles hizo usted?

—¡Ah, ninguno! Yo era un niño, un niñito... Comenzaba. Pero entre los coristas, naturalmente sobresalía por la voz. El maestro Caballero lo observó y le dijo a la empresa': "Ese jovencito promete; tenemos un gran barítono para el porvenir."

—Parece que se ha realizado la profecía de Caballero... Mi hermano Luis me dice...

No me dejó acabar. La americana azul del barítono se derramó por ambos lados de la butaca en que estaba sentado, y dejó ver un chaleco blanco demasiado corto, y ceñido al vientre de manera que amenazaban saltar los botones.

Una de las manazas de Bruzón amarilleó sobre el chaleco, fué a sepultarse en un bolsillo interior de la americana, y la vi aparecer de nuevo sosteniendo algo que de pronto me pareció un harapo. Era un cuadernillo, descosido, sucio, del cual salían, aquí y allá, trozos de papel impreso.

—Vea usted... Vea usted... Todo, todito lo que ha dicho de mí la prensa está en este librito...

Bruzón se me aproximaba para hojear el cuaderno, y yo le sentía respirar fuerte, como si desease contrarrestar una emoción.

—Vea usted... Vea usted... Son elogios, bombitos, si usted quiere... De un periódico de Lisboa, de "O Seculo". De Coimbra, de Oporto... De un periódico de Espinho... ¡Qué éxitos tuve allí! Aquel verano... Figúrese que fuí por quince días al Casino y me contrataron por toda la temporada. Los portugueses son muy cultos, saben apreciar... Hice allí algunos contiños de reis.

—Pero... ¿en España?

—Sí, mire usted... De Cáceres... Mire lo que dicen.. De Villanueva de la Serena... de Zafra..., de Toledo..., de Alcalá de Henares..., de Valdepeñas...

—¿En ciudades grandes no ha cantado usted? ¿En Barcelona, en Valencia?

—¿Ciudades grandes... ciudades grandes?... ¡Ah, sí, señor! He cantado en Palencia, en León, en Astorga, en Pontevedra...

—Siempre conciertos, ¿verdad?

—Sí, señor, sí; siempre conciertos... Un repertorio muy cuidadito... El prólogo de "Payasos", ¿sabe?, la canción de la estrella de "Tannhauser"... Un repertorio muy cuidadito... En ópera italiana, todas las partes de barítono, todas... toditas...

Bruzón se rebulló en su butaca. Sus ojuelos brillantes quisieron como atravesar las paredes de la casa.

—¿Tiene usted piano?

No supe mentir.

—Sí, es decir, no... Está desafinadísimo... inservible...

Quedó inmóvil un instante. Y luego:

—En cuanto esté afinadito, me lo dice y damos un conciertito... Usted está muy bien relacionado... sí, no lo niegue usted... y podrán venir amigos, periodistas...

Por fin concretó sus pretensiones. Quería las siguientes cosas:

Dar un concierto en el "Círculo del Noroeste".

Otro en casa de un conocido crítico de teatros.

Otro en el Ateneo.

Una pequeña audición — "pequeñita para no molestar", — en Palacio, ante los reyes y los infantes.

Y, por último, un puesto de segundo o tercer barítono en el Real.

—A usted no le será difícil... Su hermano Luis me ha dicho que tiene usted mucha influencia... ¿Cuánto pagan ustedes en el Ateneo?

—¿Va usted a hacerse socio?

—No; digo por concierto.

Tanta ingenuidad me conmovió.

—El Ateneo — le dije, — paga con el prestigio que proporciona a los que suben a su tribuna para dar una conferencia, leer un poema o cantar una romanza... El prestigio del Ateneo es inconmensurable; la cultura y amabilidad de sus socios exquisitas, y el piano... el piano está un poco viejo, pero cuando sólo se necesita para acompañarse...

Y como el señor Bruzón torciese el gesto, desencantado:

—¿Qué? — insistí — ¿no cree usted en el prestigio que proporciona la docta casa?

—Sí, señor, sí; seguramente... Entonces, en el "Círculo del Noroeste" ¿cuánto pagarán?

—El "Círculo del Noroeste" paga en agradecimiento. Todo artista que pasa por allí escucha aplausos, es recibido por dos vocales y el secretario, y suele ser declarado socio de mérito...

—Entonces, señor de Suárez — dijo Bruzón, pronunciando por primera vez mi apellido, — ¿qué hago yo en cuanto se me concluya mi dinerito? Yo acabo de llegar esta misma mañana de Nautilia, en tercera del mixto... ¡Oh, nada de vanidades! En tercerita, ya le digo a usted... Y tengo ahora, en el bolsillo, ¿qué?, unos siete duros, unos siete duritos... Mi hermano Abelardo, que, como usted sabrá seguramente, está con los Berganza, los banqueros de Nautilia, no pudo darme sino cien pesetas para este viaje y alguna ropita que me viene estrecha, porque Abelardo, vamos, es menos hombre que yo, ¿sabe? ¡Cien pesetillas y gracias! Usted sabrá que está casado... Magdalena, su mujer, es una joya... Hábil, discreta... Vea usted, esta corbata de crochê es obra de sus manos. Y no hay quien la aventaje en lo de hacer dulces y licores... Hace una crema de café, amigo Suárez, que ahora, porque me venía definitivamente para Madrid, es que ha querido darme la receta... Excuso decirle que que cuente usted con ella... Pero, claro, Abelardo y Magdalena se han cargado de hijos... Y su hermano de usted, Luis, ¡bien que celebraba la crema del café!... Pues, como le digo, mi cuñada y Abelardo se han cargado de chiquillos... Son siete..., la mayor de trece años, y... claro..., él artista..., el soñador...; Víctor..., yo, en una palabra, les resultaba un estorbo... Yo, que me meto en cualquier parte, que no hago más que estudiar y que leer... A mi vuelta de Portugal, Abelardo me recogió en su casa, y mientras no fueron viniendo los muchachos todo marchó bien. Claro que yo, al notar que la presencia del artista, del soñador... se convertía en una carga... le dije a Abelardo: Bueno, yo me voy... Y Abelardo me dió el billete de cien, y su hermano Luis, que es tan buen amigo y tan enamorado del arte, la cartita que he tenido el gusto de entregar a usted...

Bruzón tomaba alientos para proseguir. No me fué posible contenerle. Habló, habló cuanto quiso. Cada vez que yo hacía ademán de levantarme, el hombre extendía una mano y un brazo como para impedírmelo. Por fin, como una criada apareciese "para darme un recado de parte de la señorita", Bruzón a quien yo había prometido cuanto deseaba, se fué, anunciándome que volvería al día siguiente, "para ir a casa del presidente del Círculo del Noroeste, el señor Villate, diputado a Cortes y consejero de Estado".

II

Volvió al día siguiente, a las nueve de la mañana, y tuve que vestirme a toda prisa para acompañarle a casa de don Ricardo Villate, el laborioso político. Villate nos recibió en batón, en su despacho lleno de bustos, de placas de metal y de libros en folio lujosamente encuadernados. Hombre expeditivo y jovial, Villate resolvió en seguida "que el señor Bruzón luciese sus facultades en el Círculo, a cuyo efecto daría las órdenes oportunas". Tanta facilidad y efusión dieron ánimos al barítono para sacar su cuaderno con recortes de la prensa.

Pulcro y escéptico, Villate rechazó lo más discretamente posible "aquella documentación". Fueron sus palabras. Y como Bruzón, con un gesto de mártir volviese a su bolsillo el famoso cuaderno:

—No, hombre — dijo el político sonriendo. — Si yo creo todo lo que dice "ahí". Ahora bien, a un cantante le basta con saber cantar... La prensa puede despistar a la opinión con un estadista, con un escritor, con un filósofo, haciendo pasar por excelente lo mediocre... Con ustedes los cantantes no es posible... Sueltan ustedes un gallo, desafinan ustedes y no hay periodista que los arregle...

Villate nos acompañó hasta la puerta del despacho. En los días que precedieron a la velada en el Círculo del Noroeste, Bruzón no dejó ninguna mañana de venir a verme. Era octubre, un mes de octubre templado y lleno de sol; un tiempo que parecía incompatible con la tristeza. Sin embargo, Bruzón daba a sus palabras un tono de melancolía. Apenas tenía ropa y pasaba las noches en la posada del Peine en una cama de una peseta cincuenta céntimos.

—Una, cincuenta, seis realitos cada noche, es horrible, señor Suárez, horrible. Yo comprendo que le cobren a uno por comer, por vestir; pero no comprendo que haya que pagar el sueño... Debiera haber dormitorios públicos... ¿qué sé yo? El mundo, indudablemente, está muy mal organizado... Unos mucho, otros nada...

Y Bruzón, sin querer, paseaba por mi despacho, si no lujoso, confortable, una mirada que parecía decir: "Tú, en cambio, Ernesto Suárez, abogadillo de tres al cuarto, periodista de menor cuantía y propietario de unas granjas y de unas tierras allá en nuestra provincia, tienes casa abrigada, mujer bonita, hijos sanos, y aquí mismo, en tu despacho, dos o tres sillones donde yo pasaría las noches tan ricamente."

Mi familia ha censurado siempre mi simpatía a los proletarios de todo género. Estas amonestaciones, y los desengaños recibidos de algunos a quienes favorecí, debieran de haberme endurecido, convirtiéndome en un "perfecto burgués". Pero he de confesar que cuando voy al Banco, cada tres meses, a cortar el cupón, no lo hago sin una íntima vergüenza y una profundísima reserva mental. El día del "Reparto Social", las pocas tierras que heredé de mis abuelos, y el poco de cuatro por ciento que me dejó mi tío Francisco, marcharán gozosos al ministerio de Hacienda comunista, donde habrán de hacerse las particiones... Entretanto habré de conciliar mi condición de burgués interino y de falansteriano del porvenir con la práctica de las virtudes recomendadas por Jesucristo. En consecuencia, propuse al señor Bruzón que aceptase un lugar en mi mesa todas las mañanas.

—Mientras no encuentra usted un empleo... Con toda confianza, amigo Bruzón.

"Y vomía, comia..."

Bruzón hizo algunos melindres. No le gustaba molestar... Pero aquel mismo día compartió con mi mujer y conmigo los alimentos sanos y sustanciosos preparados por la Romualda, nuestra hábil cocinera: comparó la merluza de Nautilia con la de Madrid, echando de menos "aquella frescura..., aquel sabor"; hizo un elogio del café casero, y como le ofreciésemos una copita de Benedictine, proclamó las excelencias de la crema de café "que preparaba Magdalena, la mujer de su hermano Abelardo". Volvió a prometerme "la recetita". Bruzón comía dulcemente, pero de un modo continuo y voluptuoso... de esos hombres sensuales que positivamente son felices en el comedor. Tenía un apetito contagioso...

III

Mi mujer creía recordarlo de Nautilia, donde ella ha nacido.

—Este es uno que decían que cantaba muy bien... Pero yo no sé si lo confundo con un primo suyo, de los Jiménez Bruzón, que también cantaba.. Sí, seguramente lo confundo...

También yo creía recordarlo.

—Este tipo no me es desconocido. Este hombre gigantesco y de cabeza chica, es algo de Nautilia que vuelve a mi memoria. Sí, como yo presumo, Bruzón me lleva diez años, yo le habré visto de niño, por la calle Ancha, por las Avenidas, por el muelle... Tengo idea de haber oído cantar una noche en la bahía a un grupo de muchachos, que iban en un bote con botellas y guitarras... A poco, un joven muy alto y con el pelo alborotado por la brisa, se había puesto de pie y cantaba un fado con una voz limpia y suave que vibraba sobre el mar... Recuerdo esa voz, recuerdo que era noche de luna y que a unos cuantos chicos que veíamos y oíamos aquello desde el Malecón, nos daban ganas de aplaudir y de llorar... Si el joven alto era Bruzón, si aquella voz era su voz... piensa, Merceditas, que yo no puedo desamparar a este hombre...

Mi mujer me miró entre risueña y asombrada. Y yo, sin explicar mis palabras, volvía a mi despacho, pensaba "que aquel Bruzón me era simpático y que yo tenía el deber de protegerle".

Ocho días después Víctor Bruzón estaba "incrustado" en mi casa. Exagero. Bruzón aparecía después de las once de la mañana y se iba a las cuatro de la tarde. Leía los periódicos en mi gabinete y despachaba su correspondencia en el cuartito del escribiente. Había hecho amistad con mis dos hijos mayores — que eran entonces dos chiquitines de tres y cuatro años, — y con la nodriza del menor, una buena moza asturiana que sonreía constantemente. La Romualda, desde la cocina, protestaba del convidado. Ella decía del gorrón. Mi mujer, como mi amigo fuera tomando confianza y se permitiese encontrar soso el pescado o un "poco duro" el "beefsteak", comenzaba a no hablar durante la comida, a fruncir las cejas, a destilar gota a gota, como las mujeres saben hacerlo, la protesta... Yo temblaba por Bruzón. La debilidad de carácter ha sido siempre mi fuerza. No es paradoja. La debilidad de carácter se parece mucho a la blandura de corazón. Hombre débil u hombre bueno — como queráis, — yo había abierto a Bruzón mis brazos. Pero cuando mi mujer me hablase francamente, cuando la Romualda expusiese sus quejas, ¿el hombre débil sabría rechazarlas? Y ya pensaba yo en una solución intermedia, en un ten con ten, o "entente" con mi mujer y mi antigua cocinera, cuando unas líneas de Villate me concedieron un respiro. Estábamos a 26 de octubre y el 29 era el día señalado para el concierto de Bruzón en el "Círculo del Noroeste".

IV

Bruzón, contra lo que yo esperaba, se indignó al leer la carta.

—Pero este Villate se figura que un concierto y un discursito de esos que él improvisa en el Congreso son la misma cosa... No hay tiempo en dos días de preparar nada... Esta — y Bruzón llevaba dificilmente, conteniendo la ira, su mano derecha a la garganta, — ésta, amigo Suárez, no está bien, no puede estar bien... Esta — y Bruzón acariciaba su garganta como la de una paloma, — ha sufrido y sufre... Ya comienza a hacer frío y echa de menos su pañuelito de seda para por las noches... Ya sólo me quedan seis o siete pesetitas, y, naturalmente, no puedo permitirme un vaso de leche, un triste vasito de leche al acostarme... Porque la leche caliente, amigo Suárez, suaviza, tonifica, lubrifica las cuerdas bucales. Porque la leche caliente, como los huevos crudos y como los merengues, contribuyen a la conservación y entretenimiento de la garganta... ¿Qué sabe de todo esto el señor Villate? Todos nuestros políticos son unos ignorantes. ¿Mire usted, señor, que no sabe a estas horas que el cantante necesita prepararse, ponerse en condiciones?...

Bruzón rompió a toser. Su cabeza temblaba entre los hombros, sus ojillos lagrimeaban...

—Ve usted... Ve usted... Cómo quedarán esas cuerdas.. Las veo... Las estoy viendo rojas, congestionadas, tensas... ¡Ay de mí!

Después del almuerzo, como yo encontrase más sereno y optimista a Bruzón, pudimos preparar el programa. Se compondría de unos trozos de Verdi, de Puccini, de Wagner y de un zortzico y unas canciones gallegas... Las cuerdas bucales de Bruzón, como las de un arpa eólica, sentíanse ya capaces de vibrar a todos los vientos. Para que ensayara con un amigo pianista tuve que prestarle un par de duros. Desde mi balcón lo vi marchar aquel día. Llenaba la acera. Su vientre cónico le obligaba a erguir la diminuta cabeza. Los hombros parecían poco anchos con relación a su estatura. Al andar, separaba los brazos como dos alas. Todo esto me obligó a compararle con un gallo. Aquel gallo cantaría muy pronto en Madrid, no a la salida del sol, sino en el escenario minúsculo del "Círculo del Noroeste" y a la luz temblorosa de unos arcos voltaicos. Le deseé con toda mi alma la victoria. Sí, querido Bruzón, te deseé con toda mi alma la victoria, como a un hermano, como a un hijo... Cerré los ojos y te vi un instante entre resplandores y luminarias de triunfo... Oí tu voz, tu canto... Y fué una armonía inmensa, encantadora...

V

Estamos en el "Círculo del Noroeste". Mi mujer y dos matrimonios amigos nuestros—que nos han acompañado para "hacer bulto"—han quedado instalados en el salón. El salón es largo y estrecho, muy estrecho. Un salón-tranvía, según la expresión de los franceses. En las paredes destácanse sobre el papel verde tilo algunos retratos al óleo de políticos y artistas de la región. Una escritora ilustre surge con el pelo dorado y los hombros desnudos de entre unas nubes violetas y unas gasas azules. Los atributos de su genio—unas plumas, un manuscrito, unos libros—, van y vienen al través de las gasas y las nubes. Todo envuelto en una guirnalda de mirto y de laurel. El retrato de Ricardo Villate; el de Cacicedo, el célebre naturalista; el de don Eufemio, el cacique máximo de la región, han surgido de un pincel muy diferente, acaso más divertido que el primero. Villate, Cacicedo y don Eufemio son tres caballeros del Greco, tal como lo entienden los pintores místicos de hogaño... Mi mujer y nuestros amigos los contemplan, mientras yo, en secretaría, cambio unas palabras con Bruzón. Bruzón se ha puesto de frac. El frac es a la moda de hace diez años. Entonces Bruzón era por lo visto un hombre delgado. Me parece que el frac va a saltar por todas las costuras, que Bruzón no podrá levantar un brazo, mover una pierna..¡ No obstante, Bruzón habla, grita, gesticula, va y viene se sienta, se levanta, alza un brazo para enjugarse el sudor, sube una pierna para dejarla caer, rabiosamente, contra el suelo. Porque Bruzón está indignado. Y esta vez con motivo... Bruzón—nos han dejado solos en la secretaría del Círculo—me expone sus quejas, y yo, asintiendo, conformándome a sus argumentos, sólo sé mirarle al cuello de la camisa, a la corbata, a la pechera... El cuello es bajo y de extremos redondos; la corbata, de lazo hecho y de un blanco pajizo, no encaja en el cuello, deja el botón de cobre al descubierto y amenaz con caer pechera abajo; la propia pechera se escapa del chaleco y dos botoncitos de hueso intentan abrocharla en vano: tres veces ya he sorprendido por la abertura la camiseta color crema del barítono. ¡Qué importa!—me digo entregándome a la ternura que por caridad o vanidad ponemos en "nuestras obras"—. ¡El sabe cantar! En cuanto abra la boca el frac estrecho y la corbatita se olvidarán...

—¿Cómo estamos de voz, amigo Bruzón?

Se lleva una mano a la garganta.

—Menos mal, amigo Suárez... Esta se ha porlado...

Desgarra, tose falso un momento.

—Sí, parece que se porta... Las cuerdecitas están frescas... flexibles... Pero este sofocón... Le digo a usted... Ese señor Villate... Este secretario... Pensar que yo era poco para llenar la velada y agregar en el programita el "Ya somos tres", y no sé qué otra necedad de juguete cómico, por aficionados... Y un monólogo... Y unos cuplés por la hija de uno de los vocales... Es indigno... ¡Si no fuera por usted, amigo Suárez, no cantaba... vaya si no cantaba!

Un grupo de jóvenes invadió la Secretaría, seguido de un caballero excesivamente movible, de ojuelos brillante y bigote pintado, que era don Luis Fandiño, secretario perpetuo del Círculo. Los jóvenes, entre los cuales brillaban dos muchachas esbeltas y graciosas, eran los aficionados que iban a interpretar en el Círculo a Vital Aza, a Ramos Carrión, a don Miguel Echegaray o a algunos otros de esos "autores festivos" que comienzan a ser clásicos... Bruzón seguía indignado; pero la frescura juvenil que esparcían los aficionados en torno suyo y las exclamaciones, visajes y palmaditas en la espalda de Fandiño, fueron desarrugándole el ceño. Yo también le invitaba a la benevolencia:

—Vamos, querido Bruzón, no sea usted así.

La velada iba a comenzar. El salón estaba completamente lleno. Algunos socios enseñaban a su familia "las dependencias" del Círculo: la Biblioteca, con sus cien volúmenes—informes y discursos de Villate, principalmente—y sus periódicos sobre la mesa de tapete azul, la sala del tresillo... los lavabos... Todo, en fin. Algunas cabezas curiosas se asomaban a Secretaría, y Fandiño siempre jovial y afectuoso, exclamaba, levantando los brazos y yendo de un lado para otro con su movilidad extraordinaria:

—¡Ah! ¿es usted, Barbeito... con los niños? ¡Mu bien... muy bien!

—¿Quiere usted pasar, querido Montolo? ¡Ah, viene con su señora!... ¡Muy bien!

Bruzón murmuraba a mi oído:

—Esto es la "soirée" de Cachupín... Esto es un cuento de Luis Taboada...

Salieron los aficionados en tropel. Y Fandiño anunció:

—Luego va usted, querido artista.

Y misteriosamente:

—Pero... ¿no saben?... Venga usted. Venga usted también, amigo Suárez...

Fandiño nos llevó al salón de la directiva, donde sobre las mesa-escritorio en que presidía Villate las borrascosas juntas habían preparado un lunch. Los aficionados acababan de pasar por allí causando destrozos en las bandejas de pastas y aliviando de peso a las botellas de jerez y de cerveza.

Fandiño, haciendo nuevas y más complicadas contorsiones, volvió a abandonarnos:

—Ahí se quedan, ¿eh? Tome algo, querido artista... Yo vendré a avisar cuando le toque...

Y ahora se atropellan y nublan mis recuerdos. Veo a Bruzón rechazando los dulces, notando la falta de unos merengues y haciendo gargarismos con cerveza... Escucho al propio Bruzón ensayando la voz, vocalizando... Oigo algún grito, alguna carcajada, algún murmullo que llegan del fondo del escenario... Veo llegar a Fandiño, rápido como personaje



"Era un ho mbre alto..."

BOTAS

POR ALBERTO INSUA

de cinematógrafo, y tomar del brazo a Bruzón... Ambos desaparecen, se volatilizan... El gesto de Bruzón al disolverse, arrastrado por Fandiño, perdura en mi memoria: un gesto de angustia, trágico y grotesco a la vez... ¿Luego? No sé cómo me encontré en la sala cerca de mis amigos y de mi mujer, después de atravesar por una multitud endomingada que reía y que transpiraba...

—Daría veinte duros porque este muchacho quedase bien.

Yo mismo no me conocí la voz. Mi mujer me miró con unos ojos que querían decir: "No sabía que te diera tan fuerte".

¡Oh, la impasibilidad cruel de las mujeres

Yo temblaba por Bruzón, como se tiembla por el hijo que sufre su primer examen.

—Ahí está... Ahí le tienes...

Mi mujer no supo contener una risita que me produjo el efecto de un arañazo. Ahí estaba... Todo el público rió por lo bajo o sonrió. Bruzón avanzaba hacia las candilejas con su majestad de mandarín, muy serio, muy erguido, un rollo de papel en la mano y un brillo retador en la mirada... Los faldones del frac, la curva del abdomen, el pelo alborotado, unidos a su actitud, me hicieron pensar de nuevo en un gallo gigantesco que salía a saludar al sol.

El público reía... Era demasiada figura para escenario tan pequeño... Bruzón se escapaba del marco, como suele decirse... Su voz ,su torrente de voz, anegaría a los filisteos... Y he aquí que una voz dulce temblorosa, una voz casi femenina, dijo:

—La canción de la Estrella... de Tannhauser...

Y comenzó suave, blandamente:

"O bel astro incantatore!

Las multitudes perciben instantáneamente la ironía de los contrastes. Bergson, el filósofo a la moda, lo demuestra en su estudio sobre la risa. El público de burgueses y artesanos del Círculo del Noroeste se adhirió a la teoría del ingenioso pensador francés...

Y mientras Bruzón, grande como un rey de la Biblia y noble como una creación de Miguel Ángel, cantaba delicadamente, en una voz de terciopelo, en los graves y un poco chirriante, como de seda que se desgarra, en los agudos, el público se rebullía en sus asientos, murmurando, ahogando risitas, parodiando la mímica del barítono... Yo me indigné...: ¿Qué querían? Y como mi mujer y mis amigos pareciesen compartir el escepticismo burlón de la sala:

—¡No entienden ustedes una palabra! —les lancé al rostro—Bruzón sabe cantar... Dice con sentimiento... Tiene poco caudal de voz, pero el que tiene es flúido, fácil, transparente... Oigan... Oigan.. No tiene una nota ágria... Da gusto oír cantar así... Da gusto...

¿Habéis visto a los malos jugadores de billar cuando en el ansia de hacer su carambola siguen el impulso de la tacada con todo el cuerpo? En los trenes que marchan despacio, ¿no habéis empujado alguna vez? Creo que me comprenderéis. Yo, aquella noche, empujé con mis gestos todo lo que pude... ¡Bruzón, Bruzón, lo que yo sufrí, lo que yo vibré aquella noche por tu culpa! Dijiste la canción de la Estrella entonadamente. Hubo un momento en que el público comenzó a "entrar en situación", y entonces tu traje me pareció excelente y tu manera de llevar la corbata una despreocupación genial... Saliste con fatigas, Bruzón, del prólogo de Payasos y te despediste, con música de La Bohemia, de un viejo gabán imaginario, entre la incredulidad sonreída del público... Todo fué marchando. Aun en las canciones gallegas atrancaste aplausos y ciertas lágrimas, que la nostalgia del país natal prendía en algunos párpados. Pero naufragaste a la vista de tierra... ¿Fué en Rigoletto? ¿En el Don Carlo? No sé, no sé... De pronto te faltó la voz y te llevaste las manos a la garganta con una mímica desesperada. Veo tu cara de mártir, Bruzón, tus ojos que giran como defendiéndose del llanto, tu boca crispada que se entreabre como para maldecir y suplicar a un tiempo. Y te veo Bruzón, desaparecer entre bastidores, con la cabeza hundida en el pecho y el paso dudoso de un borracho... Yo sufrí tanto como tú... El público, esa fiera, no tuvo un gesto de perdón ni un movimiento de disculpa... Fué inflexible. Y era el público candoroso del Círculo del Noroeste. Acaso, acaso, si tú hubieras sido un hombre pequeño y ondulante y hubieses salido a escena "buenamente" con una sonrisita aduladora, de las que parecen decir: "No asustarse, señores, que sólo se trata de pasar el rato'", las cosas habrían ido por diferente cauce... Pero tú saliste, he de repetírtelo, engallado, inmenso, como un nuevo Chantecler que fuera a lanzar por el pico los versos enfáticos y detonantes de Rostand... ¿Tú qué quieres? ¿Tú qué quieres? Un filósofo japonés ha escrito: "La mitad de nuestra vida depende de nuestro gesto..."

VI

No obstante, ocho días más tarde, armado de tijeras y de obleas, recortaba Bruzón en el cuartito de mi escribiente los sueltos de la Prensa, los retratos, "todito" lo que se había publicado con motivo de su concierto, y lo iba incrustando en su cuaderno, aquel historial glorioso de su carrera artística. Olvidaba Bruzón que la misma noche de la velada yo había redactado aquellos sueltos ditirámbicos y los había esparcido, con algunos retratos "del notabilísimo cantante", por varias redacciones amigas. Y lo que más le encantaba era la media columna de un periódico de la noche—el mismo en que yo redactaba la crónica de Tribunales—donde se hacía una crítica seria "de sus facultades". Mis manos pecadoras habían escrito, bajo la inspiración bruzonesca, aquella media columna de crítica saria. Pero ¿hay nada más respetable que la fantasía? ¿Nada más intangible que la ilusión? Lejos de llamar al artista a la realidad, que se de temperamentos crueles y biliosos semejante delito, lo dejé que separase sus robustas alas, irguiese su encendida cresta y volase a su sabor por los etéreos mundos de la fama... Mundos etéreos que, realmente—¡oh, realidad maldita!—no eran otros sino algunas calles y plazas y algunos cafés y tabernucas—de esas entreveradas de bar a la americana que hoy se llaman tupis—de nuestro Madrid. En efecto, Bruzón era ya de los asiduos de la Puerta del Sol, del lado del Ministerio; de la calle de Sevilla, por la acera del Suizo, y de ese pedacito de la de Alcalá —Gran Peña, Lion d'Or, Maison Dorée— que es, con tan pocos metros, nuestro Boulevard, nuestro Picadilly y nuestra calle de las Sierpes... Bruzón había encontrado algunos amigos "de aquellos tiempos de don Julián Romea", que paseaban, viejos, cariacontecidos y maldicientes, frente a las ventanas del Café Inglés, llenas de cómicos modernistas y de torerillos a la última moda... En aquellos grupos de comediantes "del tiempo viejo" iba haciéndose Bruzón anarquizante rabioso, nihilista furibundo... "El arte está perdido — decía —: todo es femenino, chulesco... Me han enseñado hoy un tenor, que parece una Venus y un torero que, sin duda alguna, amigo Suárez, es hermafrodita. Da vergüenza... Da asco... ¡Esto es el arte, señor Suárez... esto es el arte!"

Los elogios de la Prensa y los diez duros que obtuve de Fandiño, después de un encarnizado combate de muecas, contorsiones y descoyuntamientos — —porque yo gesticulé tanto como el azogado secretario del Círculo — renovaron en Bruzón la confianza en sí mismo... "Aquellos diez duritos" le permitieron pagar por adelantado un mes de habitación en la calle de Tudescos, comprar en la de Toledo alguna "ropita" interior y convidar en cierto "tupi" de la calle de la Puebla a Edipo Pérez, futuro autor dramático, al que debía Bruzón varios favores... Todo lo cual me refería el barítono con su lenguaje mimoso y con el mayor lujo de detalles.

Por mi propia cuenta le había visto alguna vez en las ilustres aceras matritenses filosofando con sus amigos. Parecía llevar la voz cantante. Por su estatura y continente majestuoso sobresalía de los que le rodeaban, y por lo menos en que me hacía pensar era en Platón acompañado de sus discípulos... Era ya noviembre y Platón, Bruzón quise escribir, en lugar de la toga clásica llevaba, no un gabán largo y grave, ni una capa, cuanto más parda más castiza, sino un vergonzante sobretodo de entretiempo, relamido, rabicortón y color de hoja seca, regalo acaso de su hermano Abelardo... Estas cosas me entristecían.

Pero lo que yo iba a decir es que había observado en Bruzón algunos rasgos característicos en su modo de conducirse en la calle. A saber: cuando hablaba con una persona abría los brazos como para estrecharla en ellos, y los mantenía en aquella actitud con objeto de tapar a su víctima la salida. Usted decía fatigado: "bueno, amigo Bruzón, que tengo prisa", y usted veía cernerse aquellos dos brazos sobre su persona como dos alas de águila, como dos aspas de molino manchego, como dos obstáculos de hierro... Y usted, sonriendo, se quedaba "un ratito más". Cuando Bruzón hablaba con dos, su procedimiento era más fácil: situaba al primer señor a su derecha, al segundo a su izquierda y él marchaba un poco adelante de los dos. ¿Querían evadirse apretando el paso? Pues Bruzón abría sus brazos en cruz... Y eran dos barreras que se tendían ante los fugitivos, que a veces, por el impulso de las poderosas extremidades, reculaban dando traspiés. No miento. Esto es histórico.

Y si usted sonríe, le diré más: Bruzón, el hombre - montaña, o el hombre-cerrojo, como usted quiera llamarle en vista de sus maneras de cortar el paso, llegó en esto a cosas inauditas, a proezas dignas de la epopeya. Bruzón, una noche, en el teatro de Price y en tiempos de opereta, como viese en un palco a un crítico a quien perseguía con honestos propósitos de recomendaciones y de préstamos, se colocó en la portezuela del palco, la mantuvo infranqueable con sus rodillas y abrió aquellos brazos... El crítico y sus amigos saltaron por las butacas... "¡Sólo así — me refería más tarde Bruzón, indignadísimo —, sólo así pudo escapárseme ese critiquillo de a real la libra!"

Y otra vez, a mí mismo, ¿no fué a sorprenderme a mi sala de armas? Y encontrándome en pleno asalto con el maestro, ¿no se metió entre las espadas ,las separó rápidamente y dijo: "Amigo Suárez, oiga usted", con una naturalidad exquisita?

Este era Víctor Bruzón; garganta de jilguero, alma de niño, brazos de titán. ¡Y mientras tú emigraste, barítono hermano, al país donde no existe el tiempo y donde, de seguro, tu blanca voz se acuerda con las de algún seráfico y bien concertado coro, aquí abajo, Fandiño, ese ratón, ha llegado a diputado provincial, Villate a ministro de Marina y Edipo Pérez a académico de la Poesía! Dicen que todo consiste en empujar, en meter el hombro... Mentira. Cada brazo tuyo era una catapulta y tu pecho un baluarte... Y sin embargo...

VII

La velada del "Círculo del Noroeste" fué, de puertas adentro de mi casa, funestísima para Bruzón. Al día siguiente mi mujer, pretextando una jaqueca, no fué a la mesa, y la Romualda nos sirvió un almuerzo soso, desabrido: refinada obra de su hostilidad. Bruzón comió silenciosamente un pollo crudo y un frito carbonizado, y yo tragaba saliva con la broma de mi mujer y la Romualda... Fuí derrotado. Mi mujer protestó de "aquel parásito mal vestido y glotón", y la Romualda me hizo observar que los gastos de la cocina habían aumentado en una proporción considerable... Esto no lo quise creer y propuse una solución intermedia: que Bruzón viniese a comer sólo por las tardes, de tres a cuatro. Esto le significaría una comida central, entre un desayuno y un café nocturno con media tostada... Yo velaba por Bruzón, a cuya figura y cuya charla me había acostumbrado y — debo confesarlo — en quien "creía"...

—A un muchacho que canta tan bien, no podemos desampararle, querida Romualda... Sea usted compasiva...

—¿Un muchacho—preguntó con sorna la Romualda — ese tío tan grande, ese tiazo? ¿Y dice usted que canta? La señorita me lo ha contado todo, señorito, y usted hace muy mal en sostener gandules que luego tienen menos pulmones que un grillo... Y... ¿usted sabe lo que come? ¡Jesús!... Con las espaldas que gasta y un rollo de cuerda ahí en la esquina...

Impuse silencio a la insolentísima Romualda y decreté que se sirviese de comer a Bruzón todas las tardes de tres a cuatro... Mi acto de despotismo agravó la situación del barítono. Si es cierto que a veces las mujeres tejen y manejan la malla de los Estados, lo es en absoluto que lo que llamamos orden interior o gobierno de una casa es algo que ellas dirigen, trastuecan y subvierten a su capricho.

También es verdad, y verdad triste, que el gremio cocineril da más importancia a la ternura de las aves, carnes y legumbres que adereza, que a la del propio corazón. Sólo un cocinero para vegetarianos podrá parecerme sensible. Desde el momento que se sacrifica un cándido pichón o que se lanzan los cangrejos vivos al cazo deagua hirviendo, todo sentimiento de caridad ha desaparecido. Si yo tuviese que matar para comer, me moriría... Ríanse de mí los hombres fuertes, los caníbales y los cocineros. Como se reía la Romualda con mis reflexiones y mis increpaciones... ¡Vieja malvada! Cuando quise despedirte porque dabas a Bruzón la sopa fría, la carne sepultada en pimienta y el café con sal, mi mujer se se indignó y mis padres Nautilia abogaron por tí, bruja, parca, gorgona, por tí "que eras tan buena; tan fiel y como de la familia".

Bruzón bajó la cabeza cuando yo le dije:

—Es mejor que no siga usted viniendo por las tardes... al comedor...

Y tuvo un suspiro de Prometeo desencadenado cuando agregué:

—Yo le daré algo para que almuerce por ahí... en un "restaurant"...

Aquella tarde le ví marchar con tristeza. Ya me parecía Bruzón algo propio, de la casa. Algunas veces, en el recibimiento, lo había encontrado de palique con el ama, y con alguno de mis chicos en las rodillas. Además, Bruzón era ameno y era servicial. Me contaba "todo lo que pasaba en Madrid" y los comentarios que se hacían en el "tupi" de la calle de la Puebla y en los grupos de la Puerta del Sol. Cuando mi escribiente, un curial misantrópico, no parecía dispuesto a llevarme las cartas al correo o a prestarme otro servico por el estilo, fuera de sus funciones jurídicas, ahí tenía yo a Bruzón ardiendo en deseos de serme útil. Bruzón mostraba asimismo un ansia viva de saber y la calmaba con los libros de mi biblioteca. (Años más tarde ví que algunos de los libros que él se llevara en calidad de préstam no habían regresado a sus estantes. Me dije que acaso Edipo Pérez le enseñaría a conocer el valor intrínseco de los libros, tal como lo establecen en las librerías de lance.) Así, pues, nutrido de cuerpo y alma en mi casa, al irse, ¿no era algo que se desprendía, que se desarraigaba? Y me figuré al barítono — en mi imaginación aquel hombre se metamorfoseaba más que Júpiter en los versos de Ovidio — como un robusto pino arrancado de cuajo por el vendaval... Madrid es tierra castellana, dura y seca, difícil de esponjarse... ¿Dónde hincaría Bruzón sus raíces si yo lo abandonaba?

Comenzó el invierno y Bruzón no pudo comprarse un gabán. Ninguno de los míos leservía. De suerte que el hombre levantó el cuello del sobretodo de verano, color hoja seca, y se dijo: "Vengan nieves; con este gabancito las resistiremos". Pero, la verdad, resultaba conmovedor verlo por esas calles, en diciembre, en enero, con las manos en los bolsillos y las gotas de lluvia traspasándole el gabancito. Esperábamos que todo se remediase después del concierto que habían de dar en el palacio de una de nuestras princesas de la Casa Real. Villate, buen corazón, había solicitado la audiencia. Yo me decía muchas veces: "Caramba, debiera cerrar los ojos y comprarle un gabán a este hombre!" Pero... ¿confesaré que debo de haber tenido algún abuelo avaro, y que a veces, a veces, mi dinero es perezoso y por demás reflexivo? ¿Confesaré que... no soy rico? Sí, esto debo confesarlo. Entre las aspiraciones de mi mujer y nuestro presupuesto hay un abismo... Y por aquellos tiempos ¡qué ideas de coche propio, de comidas mundanas y de abonos al Real tenía mi Merceditas! Bruzón no tuvo gabán, pero tuvo unas botas admirables... Referiré la historia de estas botas.

VIII

Quince o más días necesitó mi corazón para ablandarse... Yo veía perfectamente los guiños y visajes de Bruzón para que me fijase en sus pies. Yo comprendía perfectamente sus alusiones a la humedad, a los charcos de lluvia y a los "adoquincitos de este Madrid". Y aunque trataba de hacerme el distraído, la conciencia me hacía dirigir la mirada hacia las desventuradas botas del artista. Eran un milagro de estabilidad y de resistencia. Durante más de dos semanas trotaron por Madrid abiertas, hendidas, riéndose — como dicen los humoristas de la miserie — por todas partes. Particularmente la bota izquierda apuraba su abnegación y su heroísmo zapateriles: la suela se había desprendido del material, dejando los clavos al descubierto. El barítono se ingeniaba para disimular aquella avería, dando puntadas aquí y allá, o atando francamente con un cordel la suela y el material divorciados. Al cuarto de hora de la compostura ya estaba la bota con las fauces abiertas de par en par. Sobre la alfombra verde de mi despacho aquella bota de Bruzón parecía un pez apocalíptico... Una tarde mi corazón se rindió, dictándome estas palabras, que fueron de miel para el artista:

—Querido Bruzón, vamos a comprarnos unas botas.

Yo me había hecho mi composición de lugar: "Le compraré a este hombre unas botas fuertes de becerro, en la calle de Toledo o en la plaza Mayor, que me costarán trece o catorce pesetas. De ahí no paso".

Llegamos a la plaza Mayor. Anochecía. Recorrimos los soportales clásicos sin que Bruzón se decidiese a penetrar en ninguna zapatería.

—Aquí no — me confesó al fin, — aquí no encontraremos nada. Está es una plaza de provincia y los géneros son toscos y pasados de moda, para los paletos. En la calle de Preciados, en un saldo, he visto unas botitas admirables, bien hechitas... ¿Quiere usted que vayamos?

Fuimos. Había anochecido y Bruzón pudo cruzar la Puerta del Sol sin avergonzarse de su calzado. Además, la idea de que pronto iba a tenerlo flamante le hacía sonreír. El saldo de la calle de Preciados no brindaba sino unas botas amarillas y anticuadas, que merecieron todo el despecho del artista.

—De lejos creí que eran otra cosa... Vamos.

—Pero, amigo Bruzón, tal vez escogiendo...

—No, amigo Suárez; yo necesito unas botitas negras que vayan con el frac. ¿Olvida el concierto en casa de la princesa?

Subimos de nuevo hacia la Puerta del Sol.

—¿Si viésemos en este bazar? — insinué.

Bruzón accedió, y pasamos cerca de una hora en el bazar martirizando a los dependientes. Bruzón tomaba entre sus dedos las botas enormes que le ofrecían, las miraba palpándolas, doblándolas, escudriñando el interior, y concluía por rechazarlas majestuosamente:

—Estas botitas no me convienen...

Se probó varios pares, y, cada vez que lo hacía, las muecas y contracciones de su cara eran tan dolorosas, que concluí por preguntarle:

—Pero, ¿qué le pasa a usted, hombre?

—Nada — me respondió, — que estamos empeñados en comprar botitas de becerro y yo veo las estrellas con todo lo que no sea tafilete. Tengo los pies muy enfermitos... Toda esta planta es un callo... y estos dos deditos...

Sentí ira. ¿Qué quería entonces el grandísimo exigente? ¿Botitas de piel de Rusia? Salimos del bazar sin hablarnos, entramos en la calle de la Montera y al llegar a la Red de San Luis el muy tuno me había reconquistado. En una zapatería de la calle del Desengaño realicé mi obra de misericordia. Las botas eran negras, de un tafilete que parecía seda. Su valor, siete duros. Bruzón esponjaba el pie dentro de las botitas y daba suspiros de contento.

—Gracias, amigo Suárez, gracias. ¡Qué bien se anda! Así da gusto.

Junto a un farol, mirando a sus botas nuevas que chispeaban bajo la luz, tuvo unas frases que nunca se borrarán

—Parece mentira... lo que hace el de mi memoria.

calzado. No sé qué me pasa... Se diría que el ptimismo reside en los pies.

Yo hacía esfuerzos para olvidarme de los siete duros y compartir tanta felicidad.

IX

Muchas veces, recordando la compra de aquellas botas he pensado que nada hay en la vida, ni talento, ni fuerza, ni ingenio que garantice la victoria. Con el ingenio que derrochó Bruzón aquella tarde, algunos generales habrían podido ganar sus batallas y algunos estadistas resolver sus conflictos. Algún filósofo debe de haber observado la fabulosa desproporción que existe entre las fuerzas que desplegamos en los combates por la vida y los resultados que obtenemos. Es una observación de ida y vuelta, como los tranvías. Muchos hombres, más ingeniososo que arañas y más prudentes que hormigas, sólo conquistan destinos de seis mil reales, y a veces — ¡oh fortuna! — botas de treinta y cinco pesetas. Y muchos hombres, oscuros como topos y torpes como gansos, recogen a manos llenas los dones de la deidad caprichosa. De esto deducen algunos espíritus descontentos los motivos de las luchas y represalias políticas. Error inmenso. La voluntad no interviene en los actos de los hombres; más aún: no existen actos, sino movimientos. Un dios malévolo se ríe de nosotros deslumbrándonos con los espejuelos de la voluntad y del albedrío y consintiéndonos el uso de mil palabras sonoras que no significan nada... ¡Querer, poder, conquistar! Cuando decimos "he hecho esto" el dios malévolo sonríe, porque las cosas que creemos obra nuestra lo son suya, y bien suya. Sólo cuando el mortal reflexivo murmura: "Vaya, esto me ha salido bien", el dios veleidoso y frívolo, que así derrama a la aventura los males y los bienes sobre la tierra, sonríe largamente... Porque ha encontrado un mortal que acata sus genialidades y contradicciones con dulzura y con resignación... Yo le decía al querido artista en sus horas de desaliento:

—Espere usted... Su suerte, como la de todos, está echada. Sea usted un jugador sereno, amigo Bruzón.

Imposible. Aquel hombre inteligente y bueno no había recibido el don inestimable de la paciencia. Viéndose con las botas soñadas y estimando que la augusta dama "protectora de artistas" tardaba en conceder la audiencia, se empeñó conmigo para realizar una serie de escaramuzas — "unas chapucitas" — decía él — que aumentasen "su nombre y le fueran allanando el camino". Una tarde apareció en mi periódico con un viejecito de ojos azules y perilla blanca,

(Continúa en la pág. 6).

"Con unos duritos... me basta"



"Mi mujer creía recordarlo"

Mucho más ingenioso que el, de hoy, que no ha desaparecido, era el Carnaval de Ogaño



1. Viejo carnaval romano. — 2. Un sastre sentado y que camina. — 3 y 4. Duplicados.

"El carnaval muere", dicen muchos, y no falta quien lo crea. Eso de decretar la muerte de carnaval parece cosa más que aventurada: estas fiestas están en el alma humana, que necesita de expansiones, reposo del luchar incesante de la vida. Quizá los que pronostican la muerte del carnaval, a plazo más o menos fijo, sufren una ilusión óptica, confundiendo una evolución hacia un tipo de carnaval más civilizado, más culto, menos neurótico, con el esfumamiento de una fiesta que tendrá todos los lados malos que el "tartufismo" moderno quiera atribuirle y aun algunos más, pero que cuenta en su haber con algo que no dan cómo reemplazar los que vaticinan aquella muerte: el ser fuente de alegría durante tres días. Y no es mucho pedir tres días de poder arrojar la máscara que llevamos durante el año entero, poniéndonos en cambio, otra inofensiva de aristocrática seda o de democrático cartón.

Los grabados que acompañamos dan una idea de la evolución sufrida por el carnaval, de unos años, bastantes, a esta parte.

Holanda, país flemático por excelencia, ya desde muy atrás se ha señalado por su vida activa en las fiestas del carnaval, a las que se entrega con un fervor y un entusiasmo que poco o nada difieren de los del más incorregible parisiense, madrileño, romano o bonaerense. Pero, dentro de esa índole misma, eminentemente tranquila de su carácter, es en ese país donde la nota de la "culturización" carnavalesca más se ha acentuado; hoy sus corsos de carnestolendas tienen más de sus congéneres de flores que de otra cosa.

No todo ha de ser nota clásica de buen gusto en los carnavales de los países de la Europa septentrional. Allá, como en todos, se corre el riesgo, al querer llegar al límite de lo gracioso, de lo deliciosamente picante, de transponerlo y caer en lo chocante; en la nota que hiere la vista con una sensación desagradable y que, si consigue arrancar lo chabacano, lo "payaso"; sonrisa que, más que nota de agrado lo es de compasión hacia los qeu creen hacer gracia sin otro recurso para ello que el ridículo del más pésimo gusto.

Nota de carnaval, lo mismo que de un espectáculo de fantasía, es esa del sastre que aparece sentado sobre una mesa que camina, ante la mirada asombrosa del mundo de los niños y quizá también de más de un adulto.

Recuerda, pero en forma algo más ingeniosa — reconozcámoslo — a nuestros cuadrúpedos simulados, que son encanto de nenes, de bobos y de los que mayores ya, reunen los carácteres de unos y otros. Bien encontrado el "truc" que, por lo novedoso, reproducimos en el anterior grabado.

Varias tribus de salvajes viven a pocos kilómetros de las lindas Ciudades modernas del Africa Austral

Las antiguas colonias británicas se han convertido en la actualidad en prósperos dominis. Algunos de ellos: el Canadá, la Australia, por ejemplo, son pueblos casi exclusivamente anglo-sajones; en otras partes, al contrario, vive una población abigarrada donde se codean la mayoría de las razas del universo.

La Unión Sud-Africana, inmenso territorio, ocupa la punta del pan de azúcar embotado que forma en el hemisferio Sur, el continente negro.

Allí se detuvieron hce muchísimos siglos ya, los colonos europeos: holandeses, atraídos por el atractivo de las aventuras y la esperanza de fortunas fabulosas; hugonotes franceses, que fueron a los antípodas, los pioners de nuestra cultura; ingleses venidos cerca de esos propagandistas, cuyo esfuerzo les ficilitaba su tarea y que formaron la colonia del Cabo, estrecho repliegue de planicies desembocando de todas partes en las murallas montañosas, un gigantesco imperio...

En los tiempos heroicos de los boers (llamados antiguamente campesinos), el país era exclusivamente rural. Sus pobladores fueron sembrando aquí y allá, pequeños ciudades, que en la ctualidad alcanzan una importancia inusitada y que tienen todo el aspecto de las ciudades europeas. Pohannesburg, ciudad hongo, antiguamente pobre villorrio, es hoy la cuarta ciudad del continente africano, culmina en un parque que hace pensar en las lujosas villas de los reyes del oro... Capetown se enorgullece de un vasto hotel cuyos columnas y el frontón neogreco, evocan el Capitolio.

Ciudades de mediana importancia, como East-London, puerto activo situado sobre las fronteras del Natal y además estación balnearia, ofrece a la circulación tranvías, automóviles y toda clase de vehículos que pueden librarse a matches de rapidez sin temor del aterrotamiento, en largas y derechas arterias bordadas de suntuosos palacios, de Bancos, de establecimientos industriales coronados de torres y atalayas, de bellas mansiones particulares.

A varios kilómetros de estas ciudades tan europeas, comienza la maleza, praderas del pequeño Karru, donde pastan vastos rebaños de carneros, riqueza de la colonia; estepas del Karau grande, con sus horizontes monótonos, y más lejos, aún, las soledades del desierto de Sahara austral, el Kalahari...

Entre estas variedades del terreno se extienden grandes montañas de granito que parecen talladas por un escultor fantástico.

No fué sin dificultades que los blancos pudieron apoderarse de este país. Cuando penetraron hacia el interior por las pequeñas planicies del litoral, no se encontraron solamente con razas decrépitas, sino con pueblos robustos, llenos de una vitalidad desbordante y que el ímpetu de la conquista impelía justamente del interior hacia la costa, es decir, rectamente al encuentro de los recién llegados.

Estos indígenas, que forman aún hoy, el fondo de la población de color, pertenecen a una de las dos grandes variedades de la raza negra, los Bantus, llamados corrientemente cafres, del término árabe Kaffir (infiel), aplicado por los mercaderes musulmanes a todos los paganos del Africa oriental.

Los cafres tienen, según el testimonio de todos aquellos que los han visitado, espléndidos cuerpos, grandes músculos de hércules, de una agilidad prodigiosa, de una asombrosa ligereza, dotados de una agudeza extrema; por otra parte, son inteligentes, de espíritu abierto, y sin el socorro de ningún educador extranjero, supieron constituir un estado bastante bien organizado. Veneran aún la memoria de su animaodr, Tchaka, que a fines del siglo XVIII hizo de esta tribu cafre la más potente de toda el Africa austral y fundó un vasto imperio. Dotado de un verdadero genio militar, este gran estratega negro renovó el armamento, substituyó los combates singulares por una táctica sabia que consistía en romper y envolver al enemigo: agrupó sus hombres en cuerpo de ejército y regimientos, y organizó también un buen ejército de cien mil hombres, tan braves como disciplinados. Sólo los guerreros disfrutaban de todos los beneficios. ¿Querían tomar esposa? Justificaban la muerte de un enemigo y en seguida lo conseguían. Cada víctima les daba derecho a una esposa suplementaria... Tenían por únicos compañeros la lanza y la espada. La guerra era su industria nacional. Su diversión preferida era la danza de la guerra, en la que vestidos de pieles de leopardo, el rostro teñido de rojo, coronados de plumas, blandiendo largos puñales y escudo de cuero, ejecutaban ante su sagrado jefe.

A pesar de todo, debieron más tarde plegarse a la ciencia mágica de los blancos y aceptar el dominio de los británicos, aunque algunos prefirieron retirarse a sus reservas, donde tratan de prolongar la vida patriarcal de sus antepapasdos.

Si su espíritu es abierto y su inteligencia viva, su sentido moral está excesivamente desarrollado. La siguiente anécdota, contada por uno de los pastores que habitan la región, da una clara idea de ello:

Un obrero negro de las minas de Kimberley, neófito celoso, acudió un día a buscar al presbítero sofocado, tembloroso, pero dichoso: "He podido, me dijo, deslizar un bello diamante, y a pesar de la estrecha vigilancia del contramaestre, salir del pozo con mi botín. Ahora sé que tu Dios es potente, porque gracias a él no he sido cogido..."

[illegible]



Dos mujeres cafres casadas.



Un aspecto de la región, donde viven según los usos primitivos.

:: LAS ALAS ROTAS ::

(Continuación de la página 5)

que le acompañaba al piano y se llamaba Hermida. Era un viejecito minúsculo, que andaba de médio lado, como si no quisiera molestar. La antítesis de Bruzón. Yo había prevenido a mi director, al crítico de arte y al fotógrafo. Pero cuando llegó el barítono, el director acababa de regresar del Congreso con un centón de notas para su artículo de fondo; el crítico de arte ensayaba una opereta vienesa en el teatro de la Comedia, y, en realidad, sólo podíamos escuchar a Bruzón el joven meritorio que hacía "los juzgados", un amigo íntimo del director, que aparecía todas las tardes a aquella hora "por un teatrito", y yo. Sentóse Hermida al piano, suavemente, ocupando apenas un tercio de la banqueta. Tosió Bruzón y dijo:

—Vamos, ésta — la garganta — parece que está bien...

Pero como entrase un mozo de café con na bandeja, se retrasó "por unos minutos" el concierto. De pronto sonó el teléfono y el meritorio debió consagrarse a recibir una conferencia. Entró el fotógrafo para hacer una instantánea apresuradamente. Bruzón arrastró al tenue Hermida a su banqueta, levantó un brazo, abrió la boca... Y eso fué todo. Concluímos nuestro café, y al día siguiente mi periódico informaba al público del éxito de Bruzón "en nuestra sala".

La leyenda iba formándose. Poco después cantó mi amigo en casa del señor Estuche... El señor Estuche era pintor, diputado a Cortes, crítico de teatros, crítico de artes plásticas en general, y árbitro en torneos de esgrima y sus derivados: los lances de honor; pero el señor Estuche decía modestamente que no era sino periodista... Era, sobre todo, afable y bondadoso. Por eso podía ser tantas cosas sin molestar.

Cuando Bruzón, Hermida y yo llegamos a su estudio, el señor Estuche, con su blusa de crudillo, estaba frente al cabelete. Copiaba del natural. El natural era una chiquilla encantadora, que Estuche había disfrazado de gitana. En el fondo del estudio había un grupo de muchachos, pintores y literatos noveles, que yo conocía de vista. Era gente risueña. Yo debí parecerles un inglés excéntrico que se pasease por los estudios con un enano y un gigante — Hermida y Bruzón, — porque a duras penas sofocaron la risa. La modelo descompuso la pose para disparar una carcajada, que por franca y argentina creamos todos, menos Bruzón, que me miró ceñudamente, como interrogándome... Yo le expliqué:

—Querido Bruzón... Aquí se respira juventud, alegría... Su cara amarrada desentona. Fíjese: aquí todo es claro y gracioso. Entra el sol, hay flores y telas bonitas. Mire a la modelo en las rodillas de aquel muchacho. Mire al gato retozando con los pinceles del señor Estuche, sin mancharse. Sea usted así, Bruzón; ligero, risueño, hábil; como los jóvenes, como el gato, e irá usted lejos.

No quiso comprenderme. Comenzó a cantar descompuesto, rabioso, lanzando chispas por los ojos y disparando las notas como flechas contra la modelo y la gente moza que retozaba al fondo del estudio. El señor Estuche había cruzado los brazos y escuchaba bondadosamente. De vez en cuando, sorprendido por las actitudes trágicas de Bruzón, sus ojos me interrogaban. Las cuerdas bucales del barítono, objeto de tantos afanes y cuidados, chirriaron ásperamente al atacar una nota aguda. La risa de la modelo se desgranó por el estudio y fué como una invitación a la carcajada, que el grupo juvenil aceptó "a todo trapo". Bruzón sólo sabía girar los ojos y contener bufidos. El vejezuelo Hermida levantó los ojos del piano y sonrió seráficamente. Sonrió, también, con diplomacia, echando a broma el suceso, el señor Estuche, y sonreí yo, mirando a la gozosa caterva, de una manera suplicante. "Vamos — les decía con la mirada — dejen ustedes concluir a este muchacho."

Sólo tú, Bruzón, no sonreíste. Por segunda vez no acertaste a sonreír, no lograste sortear esos obstáculos de la ironía que el público atraviesa en el camino de los artistas. Acaso tú, Bruzón naciste demasiado tarde. Hubo un tiempo, el de los gigantes, en que el gesto gravo y el continente heroico triunfaron sobre la tierra. A partir de Deucalión y Pirra los hombres fueron ágiles y pequeñitos: sabían arrastarse y sonreír. Tú eras demasiado serio, demasiado grande... Cuando tú abandonaste el estudio, echando lumbre por las pupilas, como un coloso vencido que renuncia a su venganza, y mientras te seguía el leve profesor Hermida con sus pasitos cortos y sesgados, Estuche me llevó junto a su caballete y me dijo:

—¿Quién es este Goliath, este basilisco? La voz es poca, aunque agradable. Pero con ese volumen y ese genio no se va a ninguna parte.

El señor Estuche era pintor, diputado a Cortes, crítico de teatros, crítico de artes plásticas en general, árbitro en torneos de esgrima y sus derivados: los lances de honor... Y profeta. Las páginas que siguen lo demostrarán.

X

Una tarde de marzo fuimos a casa de la princesa... Pero debo referir antes algunas circunstancias de la vida de Bruzón que precedieron a aquella visita memorable.

Bruzón y Edipo Pérez habían logrado introducirse en la *claque* del Teatro Real. Algunas noches yo subía a verles en los entreactos. Me había acostumbrado, como ya dije, a la charla de Bruzón, y la de Edipo Pérez, el saladísimo bohemio, estaba muy lejos de aburrirme. En los corredores que rodean el paraíso y los últimos anfiteatros, Bruzón ponía cátedra y originaba un cisma cada noche. Cantaba entonces en el Real un barítono célebre que electrizaba con su voz extraordinaria y su juego escénico sapientísimo a la concurrencia. Cuando aquel barítono interpretaba el papel de "Rigoletto" se oían en el teatro ovaciones inenarrables. Y cuando decía el monólogo de "Amletto", sólo algunos espíritus difíciles, como el de Bruzón, no se entregaban al frenesí del bravo y del aplauso.

—¡Este hombre desafina! — exclamaba Bruzón en los estrechos corredores de las alturas.

Los aficionados pobres y algunos curiosos del pueblo que venían a la ópera por primera vez, estiraban las piernas y fumaban por allí, preocupados o indiferentes, hasta que los aspavientos del coloso Bruzón y las risitas aceradas de Edipo Pérez les brindaban una distracción.

—¡Este hombre desafina, señores! Vaya si desafina... La voz no es limpia ni espontánea...

El corro se estrechaba. Las mujeres, sobre todo, oían con la boca abierta.

—Una voz limpia — definía Bruzón — ha de salir de aquí — y se llevaba una de sus manazas al pecho —, y no de aquí, concluía golpeando su anchurosa frente con la mano. — La voz tiene que salir del pecho, como de un manantial... Tiene que brotar, que subir, como un surtidor... Y la voz, la vocecita de este hombre, no sube, no brota, señores míos, sino que baja de la nariz... Es una voz empañada... Este hombre no canta, sino que se suena las narices delante del público. ¿Y este es el ídolo, el *non plus ultra!* Vamos, señores, da grima, da asco...

Edipo Pérez, con su gran bigote, su gran chalina y sus andares de gato, gozaba con los discursos de Bruzón. Hombre amarillo y descontento, Edipo Pérez odiaba toda reputación y todo mérito. Y era el mejor aliado de Bruzón cuando algún aficionado prudente intervenía con estas o parecidas palabras:

—Vamos, señores, no se pongan ustedes en ridículo. Treinta años hace que vengo al paraíso del Real y no he escuchado un barítono como éste...

Bruzón se crecía al verse atacado. Redoblaba sus argumentos y hasta establecía comparaciones. "El lo canta así, ¿verdad?" — y remedaba al barítono célebre con la peor intención del mundo. — "Pues eso como se canta es así". Y ante el estupor de los oyentes preludiaba la romanza que hacía poco, y en labios del cantante famoso, les había sub yugado.

Abrasado en el fuego sacro de la indignación estética, Bruzón intentó algo insólito en los anales del Teatro: llevar a la *claque* al discernimiento y la libertad de opinión... Y supo conquistar unos pocos adeptos, que se abstenían de aplaudir "al cantante mimado de los burgueses y los filisteos" — frase de Edipo Pérez, — y que, en una noche inolvidable, a un gesto de Bruzón, silbaron, señores, silbaron al coloso... Había sido un duelo de barítonos. Bruzón contra Titta Rufo... Bruzón cayó, como caen los ángeles rebeldes, desde las alturas. Mucho tiempo después me contaba Edipo Pérez que habían rodado las escaleras "delante de las botas de los secuaces de aquel barítono cursi, que no servía ni para descalzar a Bruzón".

No se crea, por las palabras que acabo de transcribir, que Edipo Pérez tuvo siempre por Bruzón la misma debilidad o igual cariño. En dos ocasiones llegó el bohemio a mi casa "a quejárseme de Bruzón, ese gandul", como si yo fuera padre, tutor o apoderado del barítono.

Edipo Pérez había llegado de un pueblo de la Rioja a Madrid para cursar los estudios de veterinaria. Pero unos versos suyos, premiados en el concurso de una hoja semanal, decidieron de su destino. Haría teatro poético. Bruzón, que lo conoció en los momentos en que hacía Edipo tan líricos propósitos, se brindó a protegerle. Le presentó en algunas tertulias de café y en algunos cuartos de cómicos. Surgió de aquí entre Bruzón y el poeta una gran amistad. Los poetas son débiles y despreocupados, a lo que parece. Edipo, a lo menos, era hombre de corazón blando o un convencido de los fueros de la amistad. Hago estas consideraciones recordando un hecho. El siguiente. Edipo recibía de casa de los padres veinticinco duros todos los meses, con más lo necesario para textos y matrículas. Lo primero que hacía Edipo era comprar un abono de sesenta cubiertos en un conocido restaurante de la calle de la Montera, con lo cual podía remediar cotidianamente su estómago por mañana y tarde. Bruzón lo supo y le dijo:

—¿Dice usted que son sesenta cubiertos? Pues podemos comer los dos, a treinta por cabeza...

—Pero, amigo Bruzón — objetó el poeta, — así yo no comeré sino una vez al día.

Bruzón supo persuadirle de que una refacción diaria era más que suficiente para un poeta.

—Con que se levante usted tarde y tome un cafetito para engañar el estómago...

Y durante dos meses Bruzón, que almorzaba, bien en mi casa, bien por ahí adelante y a mi costa, compartió el abono del generoso Edipo. A su vez averiguó el poeta que Bruzón almorzaba, que Bruzón hacía sus dos comidas diarias, "como cualquier burgués sibarita y execrable", y corrió a mi casa, a dolerse de aquella traición. Defendí a Bruzone con textos de Cervantes, de Quevedo, de Mateo Alemán... Hice ver a Edipo cómo Bruzón, sin saberlo, era ese tipo tradicional del famélico, imaginador de tretas y argucias para la conquista del pan, y cómo, descendiendo de la ilustre progenie literaria de los Sanchos, Pablillos y Guzmanes, él, Edipo, devoto de las letras patrias y poeta lírico, debía comprenderlo y admirarlo... Le dije aún que reparase en su volumen y en el de Bruzón.

—Usted Edipo, es más corazón y menos estómago, y con poco tiene. Bruzón es grande como Gargantúa, y su estómago necesita combustible en abundancia.

Rió Edipo. Tuvo a bien decirme que yo era "un señor muy irónico", y, prometiéndome que Bruzón "se las pagaría", se despidió de mí. No habría pasado un mes, cuando una noche llegó a mi casa el poeta, todo desencuadernado, con la chalina hecha jirones, el sombrero lleno de barro y la cara de arañazos y contusiones. Limpiándose el sudor y la sangre, y dando unos suspiros que se diría que iban a vaciarle las entrañas, me dijo:

—A Bruzón, a su protegido, le debo el verme como me veo... Porque su protegido es un borrachín y un vicioso... Su hermano Abelardo le mandó cinco duros, y me dijo: "Voy a convidarle. Edipo, le debo a usted un gran convite".

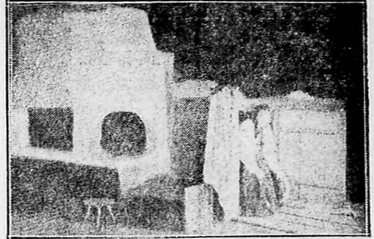
Fuimos a una taberna de la calle Ancha, y Bruzón devoró el escaparate y agotó la bodega... Después, señor de Suárez, después nos metimos por unas callejuelas oscuras y... yo no sé como... Bueno, ya se figura usted. Bruzón me dijo que él corría con todo... Después... Bruzón echó mano al bolsillo y no tenía ni blanca. Todo había quedado en la taberna... Las mujeres nos insultaron. Salió un hombre de no sé dónde y la emprendió a puñetazos con nosotros... Bruzón es fuerte; pero estaba borracho y daba una en el clavo y ciento en la herradura... Vinieron los guardias, y yo, no sé cómo, pude huír, mientras maniataban a Bruzón. Bruzón, de seguro, dirá mi nombre en la Comisaría, y vendrán a buscarme y me llevarán a la cárcel...

Lloraba el poeta.

—¡Señor Suárez, señor Suárez, que el tramposo y el "miquero" es él, su protegido, y no yo! Defiéndame... Mire que Bruzón es un borrachín y un vicioso y que usted no le conoce todavía.

(Continúa en la página 7)

En Finlandia, la Vida Entera se Pasa Alrededor de un Fogón



Hogar, en nuestro idioma, significa lo mismo fogón que casa, pero entre una casa y un fogón media una diferencia inmensa. Esta comunidad de nombres tiene, sin duda, su origen en los tiempos en que el hombre vivía constantemente junto al fuego donde guisaba, cuando vivía, en una palabra, en su fogón. Este estado de cosas todavía puede encontrarse en Finlandia. La fotografía que acompaña a estas líneas está hecha en una casa de campesinos de aquel país, y en ella puede verse que la vida entera se encuentra alrededor del fogón, especie de horno de panadería de más que regulares dimensiones.

El Agua Artífice del Modelado Terrestre



Peñasco colosal en forma de seta

Tuvo nuestro viejo planeta en sus mocedades intenso calor propio, y apagándose con el transcurso del tiempo, los arrestos juveniles, disminuyendo el volumen a medida que la masa se enfriaba. Efecto de la contracción son las cordilleras de montañas, los altos relieves; con la vejez aumentaron las arrugas.

Heterogénea la materia del mundo, desigual la resistencia en las diversas zonas, según la constitución geológica, no fueron las contracciones continuadas y lentas; hubo largos períodos de calma, en que los materiales resistían, y otros períodos de violentas conmociones, en que se produjeron pliegues y hundimientos, arrugando cada vez más la superficie.

En los tiempos tranquilos modelaban los agentes exteriores las asperezas superficiales, y en el inmenso Océano formaban potentes terrenos que luego quedaron en seco, obreros de modestas energías y de admirable constancia en el trabajo.

Cuando variaba la topografía, por efecto de los grandes pliegues, y la retirada de las aguas marinas dejaba al descubierto el antiguo fondo, hacían los agentes atmosféricos presa en los nuevos terrenos, modelándolos con incesante actividad.

El agua es el artífice principal del modelado terrestre. Labora sin descanso, cambia de estado, y unas veces como vapor, y otras en forma de nieve y líquida en las lluvias; mansa en los arroyuelos y en los lagos, impetuosa en torrentes y cataratas, limpia o turbia, potable o cargada de substancias disueltas, en todo lugar y en todo momento descompone y tritura, precipita y arrastra los materiales de los terrenos.

Algunas rocas tienen especiales condiciones para el modelado. Como el escultor genial transforma la caliza marmórea en grandiosos monumentos o en delicadas figuras de suaves contornos, el agua atmosférica y la que corre por los terrenos calcáreos (idénticos al mármol) da a estas rocas aspectos fantásticos de grandiosidad inconcebible, o esculpe la superficie, ornamentándola delicadamente.

Una montaña caliza puede ofrecer abruptos barrancos, paredones gigantes, puentes atrevidos, desfiladeros, etc.

En pocos lugares de la tierra la acción secular del agua, lluvia o nieve, arroyo o torrente, ha producido más espléndido modelado que en la ciudad encantada de Cuenca, que reproducimos.

El misterioso secreto de la Esfinge ha sido revelado

El sabio Denon que acompañó al ejército de Napoleón parece ser el primero que notó la depresión descendiente en el interior de la cabeza hasta una profundidad de diez pies.

La abertura encontrada por Denon se creyó ser hecha por los árabes, pero, esa hipótesis probable quedaba destruída por la largura y profundidad de la abertura.

En 1835, Mr. Perruig y el coronel Vyke se propusieron medir los hombros de la esfinge, con una barra metálica, pero, al llevar a los 27 pies la barra se rompió, quedando el trozo en el interior de la esfinge.

Se sabía que el cuerpo de la esfinge es un túnel sepulcral que mide 120 pies de largo elevándose la cabeza hasta 40 pies.

El profesor Reisner debió pensar que la depresión de la cabeza de la esfinge tendría sus grandes consecuencias. Joven y entusiasta, se propuso investigar, y, con un cuchillo, levantó la arena que obstruía la abertura, y tuvo la alegría de ver que cedía bajo la presión de sus dedos; era dura, sí, pero, no tanto como para resistir a la energía, y a la ansiedad investigadora del joven sabio.

Después del primer examen obtuvo la autorización de hacer excavaciones dentro de la misma esfinge; el gobierno de Egipto no accedió tan fácilmente a esa autorización. Salvada esta dificultad tropezó con la de no encontrar obreros para ejecutar los trabajos.

Vencidos todos los contratiempos comenzaron los trabajos con gran actividad, retirada la arena y los bloques de piedra que obstruían la entrada, el sabio se encontró a la entrada de una cámara de 60 pies de largo por 14 de ancho formando un pequeño templo, por un pasaje espiral que conduce a otro templo más importante que ocupa el cuerpo entero de la esfinge.

Esos templos están dedicados al Sol la más grande deidad de los egipcios.

El templo principal se extiende más abajo del cuerpo de la esfinge y está lleno de columnas con figuras antiguas y con ornamentos de oro y estatuas del mismo metal; de la misma manera que un plano inclinado conduce del templo superior al gran templo de abajo, otros corredores conducen al templo del Sol o tumba piramidal de Menes y a las otras tumbas de los reyes de la dinastía.

Se dice que el profesor Reisner piensa que otros corredores conducirán a otras tumbas y a una ciudad subterránea que debió estar habitada en la antigüedad.

Esa ciudad debe encontrarse sepultada bajo la arena, y no sería muy difícil que, continuando las excavaciones, se pusieran a descubierto muchas maravillas.

Cree el explorador Reisner, que el templo del Sol debe ser un templo de oro, probablemente del mismo género que el de Salomón, que, según la Biblia, tenía las paredes y toda la ornamentación de oro puro.

La misteriosa esfinge que se yergue en el desierto de arena, complementando las pirámides, ya no guarda su secreto secular, el hombre, eterno minero, se ha introducido en el interior de ella revelando lo que guarda, lo que oculta a las miradas del mundo.

El descubrimiento del profesor G. A. Reisner realizado en el interior de la esfinge ha producido un interés extraordinario.

El grabado que se reproduce, muestra aproximadamente los templos que el profesor Reisner descubrió en el interior de la cabeza de la esfinge.

Hace más de un siglo que se notó una gran depresión en la cabeza de la esfinge.



Vertical de la esfinge, dejando ver los templos recientemente descubiertos

:: LAS ALAS ROTAS ::

(Continuación de la página 6)

Dejé a mi mujer vestida para ir al teatro, maldiciendo a "aquel Bruzón que no acababa de dejarnos en paz", y corrí con Edipo a la Comisaría. Por el camino supe aplacar al poeta, convencerle de que no pasaría nada y de que la aventura de Bruzón no era, en modo alguno, censurable.

—¿Dice usted que comió y bebió copiosamente? Pues el hombre necesitaba su complemento... Hay que tener indulgencia. Dios lo ha querido así. Bruzón es artista, soñador, como él dice, pero es también hombre. Yo no le conocía bajo ese aspecto...

—Pues sí, señor Suárez, dice que se vuelve loco por las mujeres rubias y pequeñitas...

—Tiene gracia.

Edipo no se arriesgó a entrar en la comisaría. Liberté a Bruzón. Bruzón, aquella noche, por obra del vino y del amor, sonreías... ¡Qué bien constituído estabas para la felicidad! ¡Con qué florida elocuencia, con qué jocosos comentarios me referiste tu aventura! Con tu gabán hoja seca manchado de vino, con tus ojos achicados por la borrachera — que el amoníaco de la Comisaría no concluyera de disolver — dejaste de parecerme un cíclope, un árbol, un gallo, para, en la más bella y fragante de tu metamorfosis, parecerme un fauno. Y Edipo — fíese usted después de los poetas — quería que yo me enfadase contigo. Príapo y Baco te habían divinizado aquella noche y eras, ¡oh, Bruzón!, intangible y admirable...

XI

Una tarde de marzo fuimos a casa de la princesa. Villate nos había citado a Bruzón, a Hermida y a mí, a la puerta del palacio, a las siete menos cuarto. A las seis estaban en mi despacho Bruzón y Hermida: Bruzón, con el frac ya descrito, y el frágil profesor de piano, con una levitilla negra, corta y ribeteada que concluía de espiritualizarlo. Nada más graciosamente melancólico que el contraste ofrecido por el hombracho Bruzón y el *homunculus* Hermida. La princesa, de seguro, los miraría con benevolencia: la vida cortesana ofrece, como ninguna otra, pretextos para sonreír y compadecer, y los príncipes, cuando son discretos, sonríen siempre de la misma manera, cosa que equivale a no sonreír, a mantenerse en una plausible y bondadosa neutralidad de espectadores.

Tranquilizado con estos razonamientos dejé a Bruzón y a Hermida en mi despacho, y pasé a mi cuarto. Mientras me vestía escuchaba a Bruzón probando su garganta y Hermida conteniéndole tímidamente:

—Más bajito... Si está usted muy bien de voz.

Cuando volví junto a ellos, Bruzón que parecía contento y optimista, se levantó de su butaca, extendió los brazos, puso la mirada en mí, luego en el techo, y dijo:

—Un dios joven... Parece usted un dios joven...

Bruzón tenía de estas salidas incomprensibles tal vez geniales... El dios joven era yo, desgraciado mortal, a causa de mi ropa de etiqueta, de mi chaleco de seda, de las perlas de la camisa... Yo confieso que me pavoneé, murmurando hipócritamente:

—Yo no llevo más que la ropa, y ustedes su arte.

Hermida sonrió con un escepticismo resignado. Bruzón comenzó a hablar... Habló de "lo que haría en cuanto la princesa le señalase una pensioncita", de la blandura y fluidez de sus cuerdas bucales, de la impresión que produciría en Su Alteza "su modo de decir", de su hermano Abelardo, "que estaría tan ajeno". Hablaba *ex abundantia cordis*, mecido por la esperanza, viviendo un instante color de rosa.

—Vamos, señores. Son las seis y media.

Mi mujer, "por tratarse de la princesa", nos cedió su berlina. Bruzón la habría necesitado para él solo. Pudimos instalarnos gracias a la exigüidad física de Hermida, entonces oportunísima. Ibamos por la calle Mayor, estrujados y sudorosos, cuando al pasar frente a una confitería Bruzón hizo detener el coche.

—¿Qué hace usted, hombre?

Sin responderme, deshojándome de un codazo la gardenia del ojal y arrancando con una pisada un pequeño gemido al pianista, aquel coloso se lanzó a la acera, entró en la confitería y volvió al coche, agitado y nervioso, con un paquetito blanco en las manos:

—¡Los merengues, los merenguitos!

En la penumbra del coche los merengues y el papel eran una misma nota blanca y movediza manchando la silueta del barítono. Hermida y yo sentimos crujir los merengues en la boca de Bruzón, le oímos paladear y chasquear la lengua. Cuando hubo tirado el papel por la ventanilla:

—No hay nada como los merengues para la voz — nos dijo. — Ahora está — la garganta — parece de terciopelo.

Y comenzó a cantar.

El coche de Villate se detuvo, casi al mismo tiempo que el nuestro, en el pórtico del palacio. Villate venía del Congreso, con unos papeles en la mano y un traje de levita gris.

—¿Se han puesto ustedes de tiros largos? Si esta princesa es tan democrática...

Y Villate nos precedió por la ancha escalera de mármol, con un desembarazo que recrudecía en Bruzón el optimismo.

—Bien se ve que está acostumbrado... Estos políticos...

Un ujier se hizo cargo de nuestros abrigos y sombreros. El famoso gabán hoja seca de Bruzón, habiendo recibido las inclemencias todas del invierno, era de una pobreza indescriptible y arrancó al ujier un gesto vago de ironía.

Pasamos a un salón muy iluminado, con muebles y decorado Luis XV y gran cantidad de retratos y adornos.

—Vea usted al Rey...

Bruzón señalaba a las paredes, a los lienzos soberbiamente encuadrados que reproducían personajes de la Familia Real. Y pisando las alfombras mullidas y felpudas, aspirando, por un instante "aquel ambiente principesco", Bruzón — nacido, acaso, como Farinelli, para cisne favorito de un monarca espiritual — se inclinaba con blanda reverencia frente a los retratos.

—El Rey... Qué mirada inteligente... Doña María Cristina... Qué augusta señora...

Hermida no hablaba. Sonreía mirando las miniaturas de una vitrina. Villate hojeaba un álbum de fotografías, y murmuraba a mi oído comentarios mordaces. Un mayordomo nos preguntó si queríamos ver el palacio. Era costumbre en la princesa dar esta prueba de confianza... oficial a sus visitantes. Pasamos, pues, a un suntuoso salón Imperio, a un saloncito de gusto moderno, a la alcoba de la princesa, alcoba clara y cándida de princesa viuda; al cuarto de *toilette*; al comedor, decorado con tapices de Goya, y volvimos a nuestro punto de partida siguiendo el ángulo de un corredor espacioso, cuyas paredes aparecían esmaltadas con platos encantadores de Ruan, de Talavera, de Sevres y de China. Recuerdo este corredor tío rido de cerámica, que daba una impresión de frescura y de gracia. Todo lo demás sabía a cosas vistas, a lujo fácil y corriente. Bruzón no compartía mi tibieza. Todo le arrancaba murmullos de aprobación e hipérboles de entusiasmo. Hacía solemnes inclinaciones frente a un vargueño o un sillón de época. En diez minutos aquel hombre recio había adquirido la levedad flexible de los cortesanos. El mayordomo nos condujo, al fin, al salón de música, donde nos esperaba la princesa. Villate hizo las presentaciones y Bruzón, Hermida y yo besamos la mano de la augusta señora, que nos sonreía afablemente. Con sus cabellos blancos y su talle ancho, la princesa tenía un aire venerable, lleno de majestad. Protectora de artistas incipientes, más que una madre parecía una abuela. Bruzón, como un nietecito, acudía a su regazo. La dama de honor de la princesa no era más alta que el pianista Hermida, pero sí más ancha que la princesa; era una duquesa inteligente y dulce. Y, tanto ella como la princesa, nos hablaban con naturalidad encantadora, desprendiendo a la escena, en lo posible, de solemnidades de etiqueta. Bruzón comenzaba a sentirse como en su casa... Sorprendí a Hermida tirándole de una manga.

Apenas hago memoria del salón de música. Recuerdo el piano de media cola, de laca blanca, un techo alegórico con musas y angelitos y un friso con medallones de grandes músicos. Recuerdo el perfil de vieja de Wagner, la cara enfurruñada de Beethoven, la frente espaciosa de Mozart; pero, lo que no se me olvida, desprendiendo la mirada del friso, es el gesto de Bruzón, un gesto de triunfo, un gesto que quería decir: "¡Al fin... al fin!" Bruzón sintió aquella tarde las alas de la Fortuna rozándole en la frente...

Cantó, puesto de pie frente al estrado. Villate estaba cerca de la princesa; yo junto a su dama de honor. Hermida acompañaba al barítono discretamente, rozando apenas las teclas, pensando, acaso, que los pianos no debían sonar... En el salón, de excelentes condiciones acústicas y no muy grande, la voz de Bruzón... ganaba. Las nobles damas le oyeron complacidas. Unicamente Villate hacía gestos en mi dirección, como indicándome que mirase al barítono. En efecto, uno de los puños postizos de Bruzón se salía de la manga del frac de un modo alarmante. Era un proyectil pronto a dispararse contra la princesa. Compartí el susto de Villate. Ya veía aquel endemoniado puño postizo describiendo su trayectoria antes de abatirse sobre la faz augusta de la princesa. Y no me fué posible seguir a Bruzón en sus proezas melódicas.

Ya no me importaba que cantase bien o mal. Mis ojos no se apartaban de aquel brazo, de aquella manga, de aquel puño...

Se levantó la princesa. Volvimos a besar su mano, mientras ella, con su andar bamboleante, llegaba hasta la puerta del salón. Bruzón y Hermida adelantaron por las escaleras, y Villate, deteniéndome en uno de los rellanos, me dijo:

—Ha quedado regular.... bastante bien...; pero, la voz es poca para tanto hombre. Y luego, aquel puño... Me pasé todo el tiempo temblando.

Como Bruzón nos sorprendiese en aquel aparte, nos esperó en el vestíbulo con los brazos abiertos. Villate quiso huir... Pero, tuvo que resignarse a caer conmigo en la emboscada.

—¿Qué opina usted, señor Villate? Su Alteza ha quedado encantada, ¿no es verdad?

Villate dió un salto. Y entró en su coche, soltando, entre risas, la respuesta:

—¡Sí, encantada, encantada! Ya verá usted.

Bruzón cerró los ojos, apretó los puños.

—¿Qué significa esto?

El equívoco de Villate fué una nube de verano en el cielo de sus esperanzas. — Sí, señor, en serio, — nos decía a Hermida y a mí, — ha quedado encantada, encantadita... ¿Me mandará a Italia? ¿Obtendrá para mí un puestecito en el Real? — Y se abanicaba con el sombrero.

¡Cuántas ilusiones concebiste, — querido Bruzón, — aquella tarde! Yo también imaginé en un principio que le habías caído en gracia a la princesa. Tu voz supo ser limpia y suave en aquella circunstancia. Tus mismos ademanes no me parecieron descompuestos. Tu puño postizo no llegó a desprenderse del ojal... ¿Entonces? ¿Entonces? Pasó una semana, y "como la princesa no resollaba" — frase tuya — tú no vivías de dudas, de inquietud. Hablé con Villate. Según él, "la princesa sólo protegía a principiantes, a gente joven". Y tú eras "un gallo con espolones, un veterano". Te oculté caritativamente tan desconsoladoras palabras. Pasaron quince días... Pasó un mes. Volví a ver a Villate. Y me dijo: "He hablado con el secretario particular de la princesa. La princesa no ha dicho nada del señor Bruzón... Cuando la princesa olvida, es que la princesa niega... Amigo Suárez: ese hombre es demasiado grande... Con su misma voz y el cuerpo de ese pianista que le acompaña... al pelo". Y Villate se puso a revolver unos recortes de la "Gaceta".

Era el fracaso, Bruzón, la mala suerte, eso, que no sabemos cómo se llama, que nos eleva o nos hunde a su capricho. No tuve el valor de decirte la verdad. Una tarde llegaste a mi casa, en el momento en que mis hijos, mi mujer y yo montábamos en un ómnibus camino de la estación del Norte. Mis negocios me llevaban al extranjero por algún tiempo, y yo había creído poder despedirme de ti a la francesa... por cariño precisamente. ¿Con qué cara te dejaba yo desamparado en Madrid? A punto de partir el tren bajaste de mi vagón. En una mano guardabas la última prueba de mi amistad y con la otra te llevabas el pañuelo a los ojos. Después... Pero, se trata del epílogo de tu historia y levanto la pluma del papel emocionado. Mis hijos, que han crecido mucho, juegan en mi despacho. Mi mujer se sorprende al verme plumear sobre unas cuartillas azules, que en nada se parecen al papel de oficio. Tú sabes que mi mujer me ha considerado siempre algo loco. A veces me dice:

—Vamos, si las cosas que te pasaron con aquel Bruzón...

Y no sospecha nunca cuánto te quise ni de qué modo admiré en ti, Bruzón, al artista perseguido por la fatalidad. ¡Pobre y heroico amigo mío!...

XII

Pasaron tres años y yo recordaba a Bruzón vagarosamente. Algunas noches había soñado con él. Meses enteros su imagen no volvía a cruzar por mi memoria. De pronto, en la ópera, un cantante me evocaba al artista desaparecido, o, al cruzarme en la calle con Edipo Pérez, con Fandiño, con Hermida, con Estuche, con Villate, mi recuerdo se avivaba en tal forma que me lanzaba hacia ellos, con la misma pregunta en los labios:

—¿Se acuerda usted de aquel Bruzón? ¿Qué se habrá hecho de ese hombre?

Fandiño no se acordaba. Villate decía: "¡Ah... sí!" Estuche, preguntaba: "¿Qué Bruzón?"; y sólo Hermida y Edipo se detenían conmigo unos minutos, recordando al pobre de Bruzón... Hermida sospechaba que se hubiese muerto. "No vé usted, — argumentaba, — que no sabía resignarse, que el orgullo y la bilis no le dejaban parar?" Edipo Pérez parecía mejor informado: "Se fué de aquí, dando conciertos por los pueblos, con un pianista que se llamaba Ruiz. Recibí unas postales de Manzanares, de Elche, de Godella, según las cuales Bruzón era sacado en hombros hasta la estación, como los toreros favoritos... Aquí, en Madrid, poco después de marcharse usted, estuvo a punto de debutar en Parish, con "Payasos"; pero, el día de su debut la compañía hizo "crac" y dió cerrojazo, como decía Bruzón... Alguien me dijo haberlo visto en Valencia, y no sé quién, que estaba en Italia, que había ganado enormemente en facultades y que formaba parte de una compañía italiana... Ganas de bromear. Bruzón será siempre el mismo... Para marcharse de Madrid, cómo no tenía con qué abonar la fonda, tuvo que tirarme su equipaje, un miserable hatillo, por el balcón... Yo le quería, porque era bueno y tenía unas ocurrencias... ¡Cuando silbamos a Titta Rufo, en el Real!

Edipo Pérez había progresado. Dos o tres obras suyas se representaban con cierto éxito en teatros de segundo orden, y Edipo había desterrado de sí la chalina, las melenas y el seudónimo. Como todo español tiene cuatro apellidos a mano, nunca falta uno que no sea Pérez, Gómez o Martínez. Edipo había encontrado, en cuarto lugar, un Ponzano, que resolvía el problema a maravilla, y se llamaba Pérez Ponzano, don Sebastián Pérez Ponzano, el prestigioso autor dramático, — como había leído yo alguna vez en las gacetillas teatrales, sin saber que se tratase de Edipo.

No hace todavía un mes, — ¡Señor, es posible?, — llegó a mi casa don Sebastián Pérez Ponzano, trayendo del brazo a un hombre esquelético que no reconocí de pronto.

—¿Bruzón? No, no puede ser...

El escuálido gigante, el lívido cíclope, murmuró apenas:

El mismo.

Acudí a abrazarlo. Entre Pérez Ponzano y yo le pusimos en un sillón al sol, cerca de la ventana. Bruzón nos dió las gracias con la mirada. Con las mejillas chupadas, los ojos mortecinos, la boca blanca y el bigote lacio, Bruzón parecía un agonizante. Nada de vientre ni de carne inútil: la precisa para recubrir los huesos que se denunciaban macabramente en pómulos y articulaciones. Tomé una de sus manos, y ardía con una exudación pegajosa.

—Amigo Suárez.... me muero...

Le contradije resueltamente. Le hice servir un poco de caldo y vino generoso por la Romualda, que estuvo muy extremosa y efusiva con el desventurado. Con un pretexto llevé a Pérez Ponzano a otra habitación.

—Oiga usted. Este hombre se muere. ¿Qué hacemos?

Pérez Ponzano, dijo:

—A eso he venido. Llegó esta mañana a mi casa. Yo no puedo tenerlo... Acabo de casarme... Está tísico... Usted puede hacerlo ingresar en un sanatorio, en el hospital...

—Pero, si no puede moverse... Y yo aquí, en mi casa, con mujer e hijos... ¿cómo lo tengo? El "Círculo del Noroeste" tiene una casa de salud... Pero, no admiten enfermos de contagio... Si Villate y Fandiño quisieran violar el reglamento...

Parlamentamos unos minutos más. Y yo decidí:

—Tenga usted dinero... Llévelo en un coche a la casa de salud del círculo y yo corro a ver a Villate... Ande usted...

Entramos en mi despacho. Bruzón tenía las manos crispadas, las piernas rígidas, la cabeza sobre el pecho. Dí un grito:

—¡Se ha muerto!

Edipo, levantándole la cabeza respetuosamente, le cerró los ojos. Corrí por mi casa despavorido... Mi mujer, mis hijos, la vieja Romualda y los otros criados estaban poco después frente al cadáver. No pude contener las lágrimas, y cuando mi mujer, que es muy devota, comenzó a rezar en voz alta, me pareció que el muerto era un hermano, y lloré con redoblada angustia, con dolor más hondo.

En mi despacho se dispuso la cámara mortuoria. Edipo fué a avisar a Hermida, y los tres velamos al buen artista que nos abandonaba para siempre. Cuando al descender la inmensa caja por mis escaleras, un día después, Villate murmuró a mi oído:

—Pero, este hombre ha sido un pelmazo hasta su muerte.... mire que venir así, expresamente, a morirse en su casa.

Yo no quise responderle... Hiciste bien en marcharte, Bruzón inolvidable, de este mundo de hombres escépticos, que no quisieron respetarte ni aun cuando la muerte te prestaba su majestad y su grandeza... Los hombres famosos tienen biógrafos y panegiristas, cuando, más bien debieran tener detractores. Porque, ¿qué han sido sino grandes afortunados, grandes monopolizadores de la suerte? En estos tiempos que corren, francamente socialistas, los que, como tú, cayeron en la brecha, luchando, son los que merecen el canto elegíaco y la necrología elocuente. Aunque sólo fuera a guisa de compensación. Yo, por mi parte, no hablaré nunca de Shakespeare, de Goethe ni de Cervantes, reyes de la gloria, déspotas de la fama.... sino de los que, como tú, pasan por la vida con las alas rotas... Te faltaba voz, te faltaron alas... Sólo supiste conquistar un afecto, el mío. Y yo, bien mirado, valgo lo que tú. Ya ves el biógrafo que te depara el destino: un abogado, un hombre que escribe en el estilo bárbaro de la curia... Encerraré estas cuartillas en un cajón de mi escritorio, y cualquier día, andando el tiempo, volveré a leerlas. Las leerán también mis hijos, mis nietos tal vez... Te haremos, una tradición, una leyenda entre todos... Ya ves... ¡Ah! ¡Pero, qué pueden importarte a ti ahora las vanidades de la tierra que son humo? Mi mujer te ha mandado a decir unas misas, y Romualda las ha oído contritamente de rodillas... Estas páginas son mi prez, mi letanía, en memoria de tu alma, Víctor Bruzón. Acógelas en tu nueva morada del reino de la paz, de la sonrisa y del silencio.

DECIA UN CAZADOR...



—Vaya, ya resulta aburrido esto de cazar siempre perdices y conejos, conejos y perdices.



¡Quién pudiera ir al Africa a matar leones, tigres y panteras!



¡Caracoles, una pantera!



—Todavía corre.





LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

EL ALBATROS SIAMES









